

El monitor de la política imperial

N1

Agosto 2026

El pensamiento anticolonial
de Fidel Castro en su centenario

Participan en este número: Fernando Vicente Prieto,
Judite Santos, Maicon Cláudio da Silva, Lautaro Rivara,
Beatriz Adriana Canseco Gómez, Alberto Sánchez

Boletín del Grupo de Trabajo:

Imperialismo, neocolonialismo y políticas de intervención



El monitor de la política imperial : el pensamiento anticolonial de Fidel Castro en su centenario / Fernando Vicente Prieto ... [et al.].

– 1a ed. – Ciudad Autónoma de Buenos

Aires : CLACSO, 2026.

Libro digital, PDF – (Boletines de grupos de trabajo)

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-631-308-337-4

1. Integración Económica. 2. Cuba. 3. Integración Política. I.
Prieto, Fernando Vicente
CDD 301



Colección Boletines de Grupos de Trabajo

Director de la colección – Pablo Vommaro

CLACSO Secretaría Ejecutiva

Pablo Vommaro – Director Ejecutivo

Gloria Amézquita – Directora Académica

María Fernanda Pampín – Directora de Publicaciones

Gustavo Lema – Director Comunicación e Información

Equipo Editorial

Lucas Sablich – Coordinador Editorial

Solange Victory – Producción Editorial

Valeria Carrizo y Darío García – Biblioteca Virtual

Equipo de Investigación y Grupos de Trabajo

Magdalena Rauch – Coordinadora

Marta Paredes, Rodolfo Gómez, Luna González y Teresa Arteaga

Equipo Comunicación e Información

Noelia Croci – Coordinadora Redes Sociales

Renata Maestrovicente – Diseñadora Gráfica

Coordinadores del Grupo de Trabajo

Matías Bosch Carcuro

Instituto de Investigación Socioeconómica

Universidad Autónoma de Santo Domingo, UASD

matias.bosch@gmail.com

Georgette Ramírez Kuri

Facultad de Ciencias Políticas y Sociales

Universidad Nacional Autónoma de México

dra.kuri@unam.edu

Lautaro Rivara

Centre de recherche et de Formation Economique et Sociale pour le
Developpement

lauta.rivara@hotmail.com

Coordinador del número

Lautaro Rivara

Editor y corrector

Fernando Vicente Prieto

Traducción del portugués al español

Alberto Sánchez

© Consejo Latinoamericano de Ciencias
Sociales | Queda hecho el depósito que
establece la Ley 11723.

No se permite la reproducción total o parcial de
este libro, ni su almacenamiento en un sistema
informático, ni su transmisión en cualquier forma
o por cualquier medio electrónico, mecánico,
fotocopia u otros métodos, sin el permiso previo
del editor.

La responsabilidad por las opiniones
expresadas en los libros, artículos, estudios y
otras colaboraciones incumbe exclusivamente
a los autores firmantes, y su publicación no
necesariamente refleja los puntos de vista de
la Secretaría Ejecutiva de CLACSO.

CLACSO

Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales
Conselho Latino-americano de Ciências Sociais

Estados Unidos 1168 | C1023AAB

Ciudad de Buenos Aires | Argentina.

Tel [54 11] 4304 9145

Fax [54 11] 4305 0875

clacso@clacsoinst.edu.ar | <www.clacso.org>

Contenido

<i>Editorial: ¿Por qué Fidel Castro y por qué ahora?</i>	2
<i>El legado de Fidel Castro en la coyuntura actual de Cuba y Nuestra América: entrevista a Llanisca Lugo</i>	5
<i>Fidel Castro y la Operación Carlota: el Stalingrado negro de África Austral</i>	13
<i>Fidel Castro y la dependencia económica de América Latina</i>	20
<i>Fidel Castro, arquitecto de la integración económica y política de América Latina y el Caribe</i>	26
<i>El Caribe en el pensamiento de Fidel Castro: algunas estampas</i>	34
<i>Reseña a Fidel y la causa palestina y árabe de Raúl Rodríguez Ramos</i>	42

Editorial: ¿Por qué Fidel Castro y por qué ahora?

Colectivo Editorial

Con estas primeras palabras, el Grupo de Trabajo de CLACSO “Imperialismo, neocolonialismo y políticas de intervención” (GT-INPI) inaugura el boletín *El monitor de la política imperial*, que tendrá, si las condiciones lo permiten, una periodicidad bimensual. El boletín abordará temas de rango general en torno a las teorías del imperialismo, la dependencia, la guerra, el neocolonialismo y la colonialidad, así como profundizará en cada uno de los siete grandes mecanismos de intervención que estructuran nuestro plan de trabajo: los procesos de militarización, el paramilitarismo y las formaciones paraestatales, la guerra jurídica o *lawfare*, la guerra cognitiva, la guerra económica, el intervencionismo humanitario y la instrumentalización de fuerzas vasallas.

Nuestro boletín se centrará, en ocasiones, en ciertos acontecimientos y figuras de singular importancia para la historia de la práctica y la teoría antiimperialista y anticolonial, no solo en América Latina y el Caribe, sino también en el resto de las periferias globales, en particular en África y Asia Occidental. Así será en esta primera edición, dedicada íntegramente al pensamiento y la praxis anticolonial de Fidel Castro Ruz, impulsor, promotor y arquitecto simultáneo del patriotismo cubano, la integración regional de América Latina y el Caribe, el socialismo internacional, el tercermundismo y los vínculos de cooperación y solidaridad de tipo Sur-Sur con África y Asia Occidental, entre otras geografías.

En todos los números, *El monitor* propondrá un dossier temático compuesto por cinco o seis artículos, la reseña de un libro o de cualquier otro dispositivo cultural, así como textos especiales, sean entrevistas o polémicas. Los textos buscan llegar a un público amplio, no necesariamente especializado, y contribuir a la articulación entre la academia crítica, los movimientos sociales, los medios de comunicación y la sociedad en su conjunto, aportando no solo a la elaboración de teoría crítica y pensamiento estratégico, sino también y fundamentalmente a la estratégica disputa por el sentido común.

Este boletín comienza con la entrevista del editor Fernando Vicente Prieto a Llanisca Lugo González, psicóloga y educadora, integrante del Centro Memorial Martin Luther King y diputada a la Asamblea Nacional del Poder Popular de Cuba. En esta conversación, Lugo analiza el legado de Fidel en la coyuntura actual, marcada por la ofensiva de Estados Unidos hacia el continente en general y hacia Cuba en particular.

El primer artículo, “Fidel Castro y la Operación Carlota: el Stalingrado negro de África Austral”, corresponde a la historiadora brasileña Judite Santos, integrante de la Coordinación Nacional del Movimientos de los Trabajadores Rurales Sin Tierra (MST) de Brasil. El texto rescata una de las gestas más notables de toda la historia del internacionalismo cubano (que contribuyó, sin ir más lejos, a la liberación de tres naciones africanas) y pone de manifiesto los estrechos vínculos de solidaridad histórica entre el proceso revolucionario caribeño y la descolonización africana, así como el rol capital desempeñado por Castro en el impulso a estos procesos.

El segundo, “Fidel Castro y la dependencia económica de América Latina”, fue escrito por Maicon Cláudio da Silva, profesor de la UFFRJ y doctor en Economía por la Universidad Federal Fluminense (UFF). Aquí, el economista analiza los aportes e interacciones recíprocas entre la teoría marxista de la dependencia –sobre todo en su vertiente brasileña–, la Revolución cubana y la figura de Fidel Castro, crítico perenne de la dependencia, la deuda externa como instrumento de coerción de las periferias, los organismos crediticios occidentales, las iniciativas de “libre comercio” asimétricas como el Área de Libre Comercio de las Américas (ALCA) y el intercambio desigual entre los países centrales y periféricos.

El tercer artículo, “Fidel Castro, arquitecto de la integración económica y política de América Latina y el Caribe”, pertenece a Lautaro Rivara, doctor en historia y co-coordinador de este Grupo de Trabajo. Su objetivo es hacer un repaso sucinto sobre el persistente integracionismo de Fidel Castro, desde su concepción matriz bolivariana y martiana, hasta su rol intelectual y organizativo en la construcción de una arquitectura de unidad continental a comienzos del siglo, que derivó en hitos tan importantes como el rechazo al ALCA y la construcción de ALBA-TCP y la CELAC.

El cuarto texto, “El Caribe en el pensamiento de Fidel Castro: algunas estampas”, fue escrito por Beatriz Canseco Gómez, maestranda en el Programa de Posgrado en Estudios Latinoamericanos y profesora de la UNAM, y co-coordinadora del GT de CLACSO “Crisis, respuestas y alternativas en el Gran Caribe”. La autora propone en este artículo un repaso por la concepción geoestratégica de Fidel Castro en torno al Caribe y aborda algunas de sus principales iniciativas e intervenciones en la subregión, en particular en relación a los intentos de derrocar al dictador dominicano Rafael Leónidas Trujillo en la conocida expedición de Cayo Confites en 1947, la descolonización del Caribe anglófono o la abortada Revolución de Granada de 1983.

Por último, y para cerrar este primer boletín, Alberto Sánchez, licenciado en relaciones internacionales y doctorante en ciencias políticas, reseña el libro “Fidel Castro y la causa palestina y árabe”, de Raúl Rodríguez Ramos. Así, la conexión con Asia Occidental dibuja otra de las geografías en donde la concepción internacionalista del histórico líder revolucionario cubano tomó carnadura.

Esperamos que este primer boletín, más que constituir un panegírico, pueda subrayar y poner en debate los aportes del pensamiento y la praxis de Fidel Castro y la Revolución cubana en un momento histórico crucial, marcado por la contraofensiva imperial, el repliegue hemisférico

del gran hegemón y el recrudecimiento de la intervención colonial y neocolonial en Nuestra América y el resto de las periferias del mundo. Al estudio, la documentación y la divulgación de dichos fenómenos nos abocaremos en las próximas entregas.

El legado de Fidel Castro en la coyuntura actual de Cuba y Nuestra América: entrevista a Llanisca Lugo

Fernando Vicente Prieto¹

Llanisca Lugo González es integrante del Centro Memorial Martin Luther King Jr. (CMMLK) de Cuba. Se graduó de Licenciada en Psicología en la Universidad de La Habana, donde recibió, por su desempeño excepcional, la máxima distinción académica que otorga la institución, conocida como Título de Oro.

En el Centro Martin Luther King, Llanisca coordina actividades de formación política y de solidaridad internacional, a partir de las cuales participa en procesos de articulación de movimientos a nivel continental. Propuesta como precandidata por la Central de Trabajadores de Cuba, en marzo de 2023 fue elegida diputada a la Asamblea Nacional del Poder Popular por el municipio de Boyeros, en La Habana. Esta conversación se desarrolló a mediados de julio de 2026.

¿Qué tiene para decirnos el legado de Fidel en este contexto geopolítico que estamos viviendo?

Bueno, la verdad es que el legado de Fidel daría para conversar muchísimo rato, sobre todo por el momento tan fuerte que estamos viviendo en el mundo entero, pero también en nuestra región.

Para empezar, quiero recordar que en junio de 1958, cuando Fidel estaba por Minas del Frío, de pronto tienen que enfrentar que han destruido en un bombardeo la vivienda de un campesino, y él descubre que el armamento usado es de origen norteamericano. Le escribe a Celia Sánchez que cuando vio los cohetes que tiraron en casa de Mario, ese campesino, se

¹ Periodista y corrector. Ha participado en procesos de edición, formación, investigación y comunicación. Actualmente escribe artículos para diferentes medios. Dirige Litoral Estudio, donde escribe, edita e impulsa proyectos transmedia. Es integrante, corrector y editor del Grupo de Trabajo de CLACSO “Imperialismo, neocolonialismo y políticas de intervención”.

había jurado que los norteamericanos iban a pagar bien caro lo que estaban haciendo; y que cuando esa guerra se acabara —la guerra de liberación nacional que triunfó en enero de 1959— empezaría para él una guerra más larga y más grande: la guerra contra los norteamericanos, porque se daba cuenta de que ese era su destino verdadero.

Creo que esa comprensión antiimperialista, tan fuerte y tan radical en Fidel, tiene raíces a su vez en [José] Martí, que en la carta que escribe antes de morir a su mejor amigo, Manuel Mercado, también le dice que cuanto había hecho hasta ese día, y lo que tendría que seguir haciendo, era para evitar que los Estados Unidos se extendieran sobre las Antillas con esa fuerza, sobre los pueblos de América.

Eso tienen en común Fidel y Martí: comprender que nuestros procesos y proyectos de liberación nacional, de descolonización y de construcción de procesos emancipatorios necesariamente pasaban por enfrentar el imperialismo, con sus políticas de hostilidad, de saqueo, de opresión, de recolonización, que nunca iban a cesar y que solo podían regularse en función de la capacidad de la fuerza social que nuestros pueblos mostraran.

Pero efectivamente, en un momento de retroceso de las luchas sociales, vemos cómo la extrema derecha y las políticas imperialistas se sacuden todo límite para ir por toda la conquista, en una lógica casi medieval sobre los territorios, el alma, la memoria, los sueños, la vida de la gente. Algo que a ellos les parece menor, periférico, subordinado; en fin, algo que les parece de una lógica natural que corresponde a su misión.

Entonces, en primer lugar, ese compromiso antiimperialista me parece fundamental para que no nos perdamos en nuestras causas y procesos nacionales, pequeños y territoriales, que son imprescindibles para construir libertad, democracia y poder para nuestra gente, pero que tendrán que tener siempre la capacidad de unirnos más allá de nuestras naciones, para entender una causa que es la de esa nueva composición de las clases subalternas de este momento: de las clases que siguen siendo explotadas y que tendrán que retomar la conciencia de su lugar en esas relaciones de explotación, en el momento actual.

Voy a mencionar solo algunas ideas que me parecen fundamentales, para no extender mucho la respuesta.

La primera tiene que ver con la comunión con el pueblo: entender desde dónde parte el proyecto de sociedad por el que se lucha. Es esa comunión con el pueblo porque se está dentro de él, y desde él se ve el mundo y se ven las relaciones de explotación; desde él se ven los deseos que se fraguan dentro, incluso esas relaciones que se interiorizan, y también la capacidad de trascender ese lugar y convertirse en sujeto político de su propia transformación. Esa comunión con el pueblo que tenía Fidel —que dialogaba directamente con la gente, que quería conversar con la gente, incluso en grandes actos de movilización, en tribunas, en discursos— convertía todo en una conversación y posibilitaba que el pueblo estuviera atento y sintiera que tenía un canal directo con él. Esto me parece fundamental para repensar el Estado, el poder, las políticas. Y no tiene que ver con personalismos, ni con

concentrar la referencia que deben tener los procesos colectivos, sino con el deber de cada referente de reconstruir este tipo de comunión con el pueblo.

En otro sentido, y me parece muy importante, tiene que ver con la unidad que se puede construir más allá de caprichos, eslóganes o consignas: esa capacidad de construir lo universal desde las singularidades que portan las diferentes luchas, esa capacidad de hacer síntesis de una propuesta que asegure los derechos y la expansión de lo humano de todos los grupos y sectores, para crear una nueva sociedad. Fidel también fue capaz de hacer esa síntesis. La unidad no fue una imposición de una fuerza; fue construida con la referencia, con la capacidad de dirección, con el ejemplo, con mirar desde el pueblo y tener capacidad real de liderazgo y de transformación. No creo que estemos haciendo mucho esfuerzo hoy por construir unidad de la izquierda, más allá de algunos esfuerzos que hacemos en momentos coyunturales específicos, en eventos políticos, en procesos electorales; pero después no trenzamos acciones conjuntas para disputar nuestro proyecto. Nos falta, creo, mucho empeño, mucha capacidad y creación para lograr tejer más allá de esos momentos puntuales, que son importantes pero absolutamente insuficientes.

En otro sentido, creo que el internacionalismo de Fidel es esa disposición a entregar la vida por otro pueblo. Hizo de la Revolución una experiencia de vida para las cubanas y los cubanos, una experiencia internacional que le permitió a un sujeto subalterno conocer el mundo entero en muy poco tiempo: comprender las culturas, las lógicas, los modos de vida, sentirse capaz de dialogar con eso, de influir en ello y de ser también impactado por toda esa realidad tan diversa. En pocos años, la sociedad cubana tuvo acceso a todo eso porque fue un pueblo internacionalista el que no solo enfrentó el *Apartheid* en África, sino que también llevó alfabetización a pueblos que no sabían leer y escribir, llevó médicos a lugares intrincados, acudió a desastres naturales sin preguntar quién dirigía el país, qué partido, qué ideología reinaba. Con un humanismo muy grande, trenzó ese internacionalismo, muy convencido de que los pueblos del sur, sobre todo, teníamos un pasado colonial de muchísimo dolor, y que solo con la fuerza de la unidad podíamos superar —no olvidar, pero sí superar— ese pasado, con la potencia que teníamos guardada en nuestra identidad, en nuestro orgullo, en nuestra historia, en ese caminar.

Ese internacionalismo no fue algo que Cuba hiciera porque le sobrara o porque pudiera. Siempre hemos sido un país con problemas económicos, con grandes debates sobre su modelo, siempre hemos tenido carencias, siempre hemos tenido límites, y siempre tuvimos la necesidad de profundizar nuestro proceso con mejoras de todo tipo. No fue, entonces, un gesto de altanería: nuestro internacionalismo fue un gesto de humildad, de compartirnos en un proceso inacabado, de construir algo distinto. Ese es un legado de Fidel: ir a buscar al otro y a la otra, y estar dispuestos a hacerlo solo porque vale la pena, solo porque estamos del lado correcto, solo porque es lo justo, lo digno, porque nos hace humanos. Entendernos, reconocernos, abrazarnos. Creo que eso es parte importantísima del legado de Fidel.

Y fíjate que, al decir que es parte importante de su legado, no estoy queriendo decir que lo tenemos todo claro y resuelto, ni que lo estamos cumpliendo a cabalidad. Creo que

tendríamos que reflexionar muchísimo sobre todo esto que Fidel nos deja, sobre todo lo que hizo en la obra —no solo en el relato, en el discurso, en las maneras de pensar, en la formación profunda que tuvo—, sino también en cómo se batalla todo esto en condiciones muy difíciles, en una obra concreta.

Me parece que ahí estarían elementos fundamentales para reconstruir nuestro diálogo con el pueblo: con un pueblo sujeto, un pueblo activo, un pueblo político, capaz de transformar, de participar en su propia emancipación como proceso inacabado y permanente. E intentar que la izquierda entienda la unidad también como un proceso permanente, que no descansa en momentos puntuales de aparente toma del poder, que por supuesto es también un desafío enorme, que se tiene que construir y que no tiene un momento de toma único. Creo que esas son cosas que nos pueden poner hoy a discutir todo el tiempo, con los desafíos que tenemos y con la experiencia que Cuba construyó bajo el liderazgo de Fidel.

Y con esto cierro: su comprensión de que en cada ser humano estaba el proyecto, y por tanto cada sueño, cada deseo, cada realidad que una persona expresaba, era parte del proyecto; y más aún si esta persona podía encontrarse en la retaguardia de la sociedad o en las zonas más vulnerables. Esa persona medía, indicaba, por dónde iba el proyecto. Por eso se ocupó muchísimo de los niños con capacidades especiales, se ocupó muchísimo de las personas con problemas de visión, se ocupó de cada ser humano que pudiera dar, en su propia experiencia, testimonio de lo que significa una revolución.

Si nosotros no logramos entender ese diálogo entre el proyecto y la vida concreta de cada persona, entonces la gente podrá acercarse o no a una abstracción, a una idea más o menos bonita, con más o menos peso y fuerza, pero no entenderá en su propia vida lo que significa la promesa de ese cambio que el proyecto encierra y que el proyecto construye. Creo que ahí estarían lecciones importantísimas que seguir discutiendo sobre el legado de Fidel.

Y luego hay dos cosas más que me parecen muy importantes, aunque no le hablen tanto al contexto actual.

La primera es una curiosidad permanente por aprender, muy vinculada al papel que siempre tuvo como educador. Esa curiosidad significa que estuvo siempre muy comprometido con el desarrollo de la ciencia y la técnica, que tuvo un diálogo muy estrecho con la intelectualidad, con la gente de la cultura y con los científicos del país. Aparecía en las instituciones científicas a cualquier hora, queriendo estar al tanto del detalle de los procesos productivos que se iniciaban en el país; las bases de lo que después permitió construir las trece vacunas que hoy produce Cuba, no solo los candidatos vacunales contra la COVID, sino otras vacunas que Cuba produce gracias a ese desarrollo científico que él siguió paso a paso.

Ese compromiso por seguir los procesos en detalle está muy vinculado a una curiosidad tremenda y a un deseo de aprender de todo, sobre todo de lo que pudiera formar parte del desarrollo de la sociedad. Y eso se relaciona, para mí, con una vocación pedagógica muy grande, que ejercía constantemente explicando, educando a través de la pregunta, conversando con la gente.

Eso lo pongo también en relación con la segunda cosa que quería mencionar: el tiempo que dedicaba a la conversación, el tiempo que dedicaba a las cosas, el tiempo que las cosas merecen para hacerse bien. Las conversaciones llevan tiempo. Cuando creía que alguien valía la pena, o que compartir o explicar una idea lo requería, no importaba que fueran las dos o las tres de la mañana: recibía a las personas en los momentos y modos más insospechados, más informales, con más detalle y más atención.

Me parece que eso tiene un componente ético y una mirada del mundo que va a lo esencial del ser humano: la prioridad de la conexión, de las relaciones personales, del diálogo directo, del compartir el tiempo, sin atropellar esa labor tan importante. En general, esto funcionaba como un magnetismo alrededor de la gente que lo conocía, que quedaba muy impresionada por esa capacidad comunicativa que él ponía en juego directamente con las personas, como si tuviera todo el tiempo del mundo. Por eso dormía poco.

Creo que esa avidez por aprender, y esa avidez por comunicarse, por encontrarse con las personas y trasladarles las ideas que lo atravesaban en ese momento, son aprendizajes que podríamos ejercer mejor, aunque quizás no sean exactamente legados para analizar el contexto regional actual.

¿Cómo analizás este momento de asedio por parte de Estados Unidos, y en ese contexto, cómo caracterizás los cambios que anunció el gobierno, en junio [de 2026], para hacer frente a esa situación?

Mira, las políticas de Estados Unidos hacia Cuba han tenido una continuidad desde el triunfo de la Revolución, con ligeros cambios entre administraciones, pero realmente ha sido una política de hostilidad que hoy tiene los rasgos del momento: la barbarie que está viviendo la humanidad, ese imperio medieval que está siendo reconstruido con la figura de Trump, pero que en realidad cuenta con la complicidad de poderes que se subordinan a eso y que no están siendo capaces de demostrar el alcance de la multipolaridad posible del mundo, ni hablar del sueño de un mundo multilateral donde realmente todas las zonas, regiones y países pudieran tener capacidad de influir en los destinos de la humanidad.

Hoy estamos en un momento de oscurantismo en ese sentido; y Cuba realmente sufre un asedio brutal, casi sin respaldo internacional concreto. O sea, no ha llegado un barco de petróleo más a Cuba desde el barco ruso [*Anatoli Kolodkin*, arribado a fines de marzo de 2026].

No hay más que muestras de solidaridad de algunos gobiernos. Por supuesto, los gestos del gobierno de México, las contribuciones que ha hecho China a determinados procesos —por ejemplo, la transición energética cubana—, algunos apoyos en términos de alimentos. Creo que hay que reconocer eso, sí, pero en la cuestión fundamental del combustible es muy difícil para los gobiernos desafiar hoy al gobierno de Estados Unidos.

En ese sentido, Cuba llega a un momento de síntesis de un largo recorrido, donde le ha costado mucho desafiar —en esta actitud de solidaridad y de reconocimiento, pero de

relativa soledad— al imperialismo. Hoy eso es realmente muy difícil para un país donde se ha agudizado una crisis que no es la primera que tenemos y que no se debe solamente al bloqueo, pero que hoy tiene una profundización muy grande y que repercute en carencias tremendas para nuestra sociedad.

Las medidas no son estrictamente una respuesta a la agudización de esta crisis, pero sí vienen a darle un alcance y una profundidad mayor a un proceso de transformación y de reorientación del modelo socialista cubano que comenzó en 2011, cuando aprobamos los Lineamientos de la Política Económica y Social del Partido. En esos lineamientos, y en todo lo que vino después —la actualización del modelo, el Plan de Desarrollo [Económico y Social 2030], todos discutidos y aprobados en plenos del Comité Central y en Congresos del Partido, pero también el plan de desarrollo y la actualización discutidos con toda la sociedad—, todo significaba una reorientación del modelo cubano hacia la descentralización territorial.

Tú sabes que construimos un modelo muy estatalizante, muy estadocéntrico, muy vertical. Ya desde ahí veníamos necesitando —y había un consenso social— ir hacia la descentralización, hacia la socialización. Eso también fue acompañado de otro lugar para el mercado dentro del socialismo, de la forma de gestión no estatal, de la propiedad privada, ya no como algo coyuntural e inevitable de un momento de la historia del país, sino como una estructura, una institución dentro de un modelo, con capacidad de articular relaciones sociales.

Todo eso fue un proceso que llega hasta este momento, y sí, cuando se presentan 176 medidas de un momento a otro, todas a la vez, parece que hay un giro inmediato, un giro grande, una determinación de cambio de modelo muy clara. Es importante ponerlo en su historicidad, para que entendamos también que no se trata de una reacción a presiones de Estados Unidos, aunque es inevitable —y por lo menos en mi perspectiva— reconocer que no hubiéramos querido llegar a este punto.

Nosotros intentamos construir un modelo de igualdad y de justicia social que, si bien tenía déficits democráticos, déficits en cuanto al papel del Estado —que era un papel central; confundimos lo público con lo estatal—, tuvo también déficits en cuanto a la necesidad de horizontalidad en los procesos, a pesar de la participación tan grande que se produjo por parte del pueblo. Concentramos muchísimo las decisiones.

Si bien tenemos que transformar todos estos temas, y ya había un consenso claro sobre eso, realmente nada de esto tendría que haber llegado a este punto si lo hubiéramos ido haciendo a tiempo, como debimos: tal reconocimiento de la propiedad privada, tal reconocimiento de la banca privada, esta entrega de la tierra en usufructo, la inversión extranjera directa, o la expansión de los trabajadores que un dueño puede tener, hasta cien. Son elementos que sí marcan mucho las posibilidades de reproducir relaciones de explotación y de reproducir el dominio del capital.

Nosotros, como sociedad, lo que estamos pensando en diferentes grupos y espacios en Cuba hoy es cómo creamos, desde la dimensión de la política, desde la ideología y también

desde una concepción de relaciones económicas que sabemos posibles en un país como el nuestro, cortapisas, regulaciones y procesos que pongan control popular a todos estos espacios, a toda esta apertura hacia un modelo que, en abstracto y escrito en papel, se parecería mucho al de cualquier otro país. Con la diferencia y la singularidad que tiene Cuba de haber venido de una hegemonía de sentido socialista, una sociedad con altísimos criterios de justicia concretados en su práctica. De haber tenido la experiencia de la conducción del Partido, que hoy todavía tenemos en Cuba, con un nivel de referencia y de capacidad de organización de la sociedad también alto. De tener un pueblo organizado, un pueblo que ha vivido procesos muy duros de resistencia, de enfrentamiento y de creación, que hoy está cansado, por supuesto, y agobiado con la agudización de la crisis, pero que tiene en su memoria y en su huella toda esa experiencia de vida. Todo eso también es parte del contexto en que se toman estas medidas.

Hay que ser rigurosos en llevar hasta las últimas consecuencias nuestra propuesta del Sistema de Poder Popular como Constitución del Estado. En este momento hay que ser rigurosos también en pensar cómo, políticamente, se favorece un tejido asociativo revolucionario capaz —desde abajo, en los territorios— de impugnar, de controlar, de participar en esos espacios, donde se rinda cuenta de todo ese entramado de formas de gestión que también tendrán que desarrollarse con transparencia y que también tendrán que articularse con las formas estatales.

No hemos tenido antes señales de cómo construir una sociedad socialista; hemos tenido que ir creándola como hemos creído, en condiciones de asedio muy grandes —hoy brutales— y en condiciones de retroceso y de crisis económica muy grande. La preocupación fundamental es que, tomadas en momentos de crisis y en momentos de crecimiento de la migración, de la desigualdad, de patrones demográficos que realmente preocupan en general, estas medidas acrecienten la desigualdad en la sociedad cubana. Puede que haya quien logre aprovecharlas para transformar su experiencia en la Revolución en una experiencia de dueño, y puede que haya quien solo pueda transformar su experiencia de pueblo y sujeto protagonista de la revolución nuevamente en clase subalterna: es decir, en un pueblo condicionado y determinado por condiciones que no puede transformar.

Hay gente que cree que al fin un modelo realmente inviable podría transitar ahora hacia un modelo viable, con control político y capacidad de organización social. Yo creo que si hubiéramos tomado las medidas de descentralización y de socialización necesarias en los momentos en que debimos tomarlas, para ampliar y profundizar la democracia y el modelo socialista cubano, aún con bloqueo (no hablo del cerco total de este período), no estaríamos en este punto y tendríamos mejores condiciones incluso para enfrentar este asedio criminal.

Fidel Castro y la Operación Carlota: el Stalingrado negro de África Austral

Judite Santos²

Introducción

El presente artículo analiza el legado de Fidel Castro en el contexto de las revoluciones africanas, haciendo énfasis en la participación cubana en Angola, especialmente durante la Operación Carlota (1975-1991) y en la decisiva batalla de Cuito Cuanavale (1987-1988). El artículo demuestra cómo el liderazgo de Fidel Castro fue fundamental para el éxito de la misión internacionalista que garantizó la independencia de Angola y que contribuyó a la liberación de Namibia y al fin del régimen de Apartheid en Sudáfrica. El análisis evidencia que el internacionalismo cubano, bajo la dirección de Fidel Castro, representó una síntesis entre el principio ético revolucionario, la estrategia de sobrevivencia y la lucha antiimperialista, consolidando a la Revolución cubana como referencia para los movimientos del Tercer Mundo.

La participación de Cuba en los procesos de liberación nacional del continente africano constituyó uno de los capítulos más extraordinarios del siglo XX. Entre 1975 y 1991, cerca de 425 mil cubanos voluntarios sirvieron en Angola para defender al país, recientemente independizado, contra múltiples invasiones del régimen racista sudafricano, apoyado por Washington y otras potencias occidentales.

² Integrante de la coordinación nacional del Movimiento de los Trabajadores Rurales Sin Tierra (MST) de Brasil, responsable del sector de relaciones internacionales. Historiadora, doctoranda en historia económica por la Universidad de São Paulo (USP) y magíster en integración de América Latina por la misma institución, con un trabajo sobre el internacionalismo proletario y la Revolución cubana. Organizadora del libro *Fidel y la revolución* (Expressão Popular, 2017). Miembro del Consejo Civil de los BRICS, donde actúa en el fortalecimiento del diálogo entre los movimientos populares y las instancias gubernamentales del bloque.

Esta epopeya, denominada Operación Carlota, fue la mayor misión de solidaridad internacional realizada por la Revolución cubana. La batalla de Cuito Cuanavale, en particular, representa el punto culminante de la misión, siendo descrita por Nelson Mandela como “un hito en la historia de lucha por la liberación de África Austral” (Mandela, 1991).

En 2026 celebramos el centenario del nacimiento de Fidel Castro. Pero más que una simple efeméride, esta fecha nos invita a visitar su legado. En un mundo marcado por crisis sistémicas y ofensivas neocoloniales e imperiales, la figura emblemática del líder cubano emerge como un faro para las luchas de emancipación de los pueblos.

Los antecedentes históricos del internacionalismo cubano

El internacionalismo cubano no surgió con el triunfo revolucionario de 1959, pero encontró en la Revolución su máxima expresión. La vocación internacionalista del pueblo cubano está enraizada en la propia composición étnica y cultural de la isla, forjada en la resistencia y en la solidaridad. La Operación Carlota estableció un poderoso vínculo entre las luchas del pueblo negro en Cuba y la lucha anticolonial en África: “donde antes los navíos negreros traían africanos esclavizados a Cuba, ahora los descendientes de aquellos que rompieron las cadenas regresaban a la tierra de sus ancestros para contribuir a la independencia angoleña” (Fidel Castro en Santos, 2020, p. 381).

En el siglo XIX, 2.957 combatientes extranjeros de más de cuarenta nacionalidades se integraron en las filas mambisas durante las guerras de independencia de Cuba, siendo las figuras más conocidas el general Máximo Gómez (proveniente de República Dominicana) y Henry Reeve (proveniente de Estados Unidos), más conocido como “El inglesito”. Reeve posteriormente daría nombre a las brigadas médicas voluntarias. Los cubanos también participaron en las luchas emancipatorias en América Latina del lado de Simón Bolívar. “Decenas de cubanos se incorporaron como combatientes internacionalistas al ejército libertador de Simón Bolívar” (Risquet, 2004 apud MINREX, 2019).

En el siglo XX, cerca de mil voluntarios cubanos lucharon en las Brigadas Internacionales durante la guerra civil española (1936-1939) contra el fascismo de Francisco Franco, en la cual “dieron su vida generosa hombres del calibre y la dimensión humana de Pablo de la Torriente Brau. Esta es, a nuestro juicio, una de las más nobles y heroicas contribuciones al movimiento revolucionario mundial” (Fidel Castro en MINREX, 2019).

Pero fue a partir del triunfo revolucionario que la solidaridad internacional cubana se tornó sistemática.

La epopeya cubana en África

Uno de los capítulos más bellos de la amistad entre Cuba y África tuvo su punto de partida en 1962, cuando la isla envió armas a los argelinos para su lucha en contra del imperio francés.

Al regreso, Cuba acogió a cerca de cien infantes huérfanos de la guerra, combinando ayuda militar y humanitaria. En mayo de 1963, una aeronave partió hacia Argelia con 29 médicos, gesto caracterizado por Fidel Castro como “el inicio de la odisea cubana por África”.

Más allá de Argelia, Cuba estuvo presente en diferentes países africanos: en Congo-Léopoldville (actual República Democrática del Congo), en una misión bajo el liderazgo de Ernesto Che Guevara en 1965; en Guinea-Bisáu, prestando asesoría militar al Partido Africano para la Independencia de Guinea y Cabo Verde (PAIGC) de Amílcar Cabral entre 1965 y 1974; en Mozambique, apoyando al Frente de Liberación de Mozambique (FRELIMO) y en Etiopía, entre otros. Esa presencia consolidó a Cuba como un actor relevante en el continente africano, estableciendo las bases para una misión de gran envergadura en Angola (Santos, 2020, p. 317-344).

El internacionalismo cubano, bajo el liderazgo de Fidel Castro, se sustentaba en tres pilares fundamentales: como principio ético revolucionario, Fidel definía al internacionalismo como “una de nuestras banderas más sagradas”; como lucha antiimperialista, apoyar a los movimientos de liberación nacional significaba enfrentar al enemigo común en diferentes frentes; y como estrategia de sobrevivencia, la solidaridad permitió a Cuba romper el aislamiento impuesto por Estados Unidos y por la Organización de Estados Americanos (OEA). Fidel sintetizó esta concepción al hacer de la solidaridad con los pueblos un pilar esencial de la política exterior de Cuba. Esa concepción distinguía el internacionalismo cubano de otras formas de cooperación, ya que implicaba el sacrificio material y humano de un país que enfrenta un cruel bloqueo económico hasta el día de hoy.

La Operación Carlota y la independencia de Angola

La operación rindió homenaje a Carlota, una africana esclavizada de la etnia lucumí que, en 1843, lideró una rebelión contra la opresión colonial española en el ingenio Triunvirato, en Cuba. La elección del nombre fue “símbolo y homenaje a los miles de esclavos que murieron en combate o fueron ejecutados durante las primeras insurrecciones” (Fidel Castro, 1975).

En noviembre de 1975, Angola proclamó su independencia de Portugal después de cinco siglos de dominio colonial. Sin embargo, el país se zambulló inmediatamente en una guerra civil entre tres movimientos de liberación: el Movimiento Popular para la Liberación de Angola (MPLA) de orientación socialista, el Frente Nacional de Liberación de Angola (FNLA) y la Unión Nacional para la Independencia Total de Angola (UNITA).

Frente a la ofensiva contrarrevolucionaria, el MPLA, bajo el liderazgo de Agostinho Neto, solicitó ayuda cubana. Como describió Gabriel García Márquez: “Todas estas fuerzas, con sus enormes recursos económicos y militares, estaban listas para cerrar en torno de Luanda un círculo irresistible” (Márquez, 2007). La respuesta fue inmediata. En noviembre de 1975,

Fidel Castro tomó la decisión de enviar tropas cubanas a Angola, una elección que pondría a la propia Revolución cubana en riesgo.

La Operación Carlota movilizó cerca de medio millón de cubanos, entre civiles y militares, a lo largo de dieciséis años, de los cuales 2.077 cayeron en combate. Cuba, un país pequeño, con recursos limitados y bajo bloqueo económico, desplegó la mayor parte de su defensa militar para defender Angola sin ningún interés material. Así definió Fidel Castro el significado de aquella misión:

Nosotros no perseguimos ningún interés material, y es lógico que los imperialistas no lo entiendan, porque se guían por criterios exclusivamente chovinistas, nacionalistas, egoístas. ¡Estamos cumpliendo un elemental deber internacionalista cuando ayudamos al pueblo de Angola! (1975).

Al completar la misión, Fidel declaró: “Nuestros combatientes iniciaron el regreso a la patria con la frente en alto, trayendo consigo únicamente la amistad del pueblo angolano, [...] la satisfacción del deber cumplido y los restos gloriosos de nuestros hermanos caídos” (1989). La Operación Tributo, nombre dado a la misión de repatriación de los restos mortales de los caídos, realizada el 7 de diciembre de 1989, es la prueba del altruismo con que Cuba arriesgó su propia existencia al lado del pueblo angolano.

La batalla de Cuito Cuanavale: El Waterloo del Apartheid

En noviembre de 1987, el conflicto angolano alcanzó su punto crítico. Las fuerzas armadas sudafricanas rodearon a las mejores unidades en Cuito Cuanavale, una pequeña localidad en la provincia de Cuando Cubango. El régimen del Apartheid, apoyado por Estados Unidos, lanzó la ofensiva final con sus poderosas fuerzas de infantería, moderna aviación de combate, tanques y artillería, con la previsión de dar el golpe de gracia al gobierno del MPLA. La ofensiva hacía parte de una estrategia más amplia orquestada por Washington para debilitar al MPLA (Visentini, 2012, p. 56-57).

Fidel, con su sabiduría y capacidad estratégica, tomó la decisión que redefiniría la geopolítica de África Austral. En un “esfuerzo titánico”, la dirección cubana reunió a todas las fuerzas necesarias para “dar un golpe definitivo a las fuerzas sudafricanas”. La decisión representó la cancelación de una deuda histórica con el pueblo africano, “La madre patria de donde vinieron más de un millón de esclavos” (Risquet en Gleijeses, 2013).

La ofensiva fue concebida personalmente por Fidel Castro en una estrategia de dos frentes, como si se tratase de los movimientos de un boxeador. El objetivo no era solo defender Cuito, sino expulsar a las Fuerzas de Defensa Sudafricanas de Angola de una vez por todas. Cuba detendría la ofensiva sudafricana en aquella región y después atacaría en otra dirección, “como el boxeador que con la mano izquierda lo mantiene [al oponente] y con la derecha lo golpea” (Gleijeses, 2013).

La estrategia consistía en: a) reforzar la resistencia en Cuito Cuanavale para atraer al grueso de las fuerzas enemigas, b) lanzar una ofensiva paralela en el sudoeste de Angola, amenazando directamente a Namibia. Un “río de unidades y de medios de combate cruzó rápidamente el Océano Atlántico” con 55 mil soldados cubanos. Fidel coordinó directamente la ofensiva desde La Habana, lo que evidencia el elevado grado de implicación de la conducción de la Revolución cubana: “Fidel es el artífice de esta bellísima victoria sobre el Apartheid” (Gleijeses, 2021).

La batalla se extendió de noviembre de 1987 a marzo de 1988. El 23 de marzo, las fuerzas sudafricanas lanzaron su último gran ataque, que fue “abrupto y definitivamente detenido” por las fuerzas cubano-angolanas (Santos, 2020, p. 368). Más allá de la dimensión estratégica, la decisión de Fidel revelaría una profunda dimensión ética: la lucha contra el Apartheid era, como él mismo definió en 1976, “la causa más bonita de la humanidad”.

La derrota forzó a Sudáfrica a aceptar la Resolución 435 de la Organización de las Naciones Unidas. Los Acuerdos de Nueva York, firmados el 22 de diciembre de 1988, establecieron la retirada de las tropas sudafricanas de Namibia y el cronograma para la retirada de las fuerzas cubanas de Angola (Santos, 2020, p. 369). Namibia conquistó su independencia el 21 de marzo de 1990. El Apartheid en Sudáfrica entró en una crisis irreversible, culminando en la liberación de Nelson Mandela en 1990 y en las primeras elecciones democráticas en 1994.

El reconocimiento del papel de Cuba y de Fidel Castro vino de las voces más autorizadas de la lucha contra el Apartheid. Nelson Mandela, recién liberado, viajó a Cuba para agradecer personalmente al pueblo cubano: “¡La aplastante derrota del ejército racista en Cuito Cuanavale constituye una victoria para toda África! [...] ¡Sin la derrota infligida en Cuito Cuanavale, nuestras organizaciones no hubieran sido legalizadas! [...] ¡Cuito Cuanavale marca un hito en la historia de la lucha por la liberación del África Austral! (Mandela, 1991).

Fidel, con la humildad que lo caracterizaba, respondió: “Lo que nosotros no hemos dicho, porque nos lo impide la elemental modestia, lo ha expresado él aquí con infinita generosidad [...]” (Fidel Castro, 1991). Sam Nujoma, primer presidente de Namibia, también reconoció la importancia decisiva de la contribución cubana, destacando el papel de Fidel en el apoyo a los pueblos africanos “de tal forma, y de tal grado, que nunca podremos ser capaces de dar una retribución” (MINREX, 2020).

Oliver Tambo, combatiente anti-Apartheid y presidente del Congreso Nacional Africano (ANC, por sus siglas en inglés), acuñó la expresión que inmortalizó el significado de la batalla de Cuito Cuanavale: el “Waterloo del Apartheid”, en alusión a la derrota de Napoleón Bonaparte en 1815. La batalla rompió el mito de la invencibilidad del régimen racista y propició su colapso, marcando un punto de inflexión en la lucha que liberó al continente del flagelo del Apartheid, como afirmó Mandela.

La victoria en Cuito Cuanavale representó el punto culminante del internacionalismo cubano en África y sintetizó el legado aportado por Fidel: “ser internacionalistas es saldar nuestra propia deuda con la humanidad” (Fidel Castro, 1988).

El legado de Fidel para nuestro tiempo histórico

La actuación de Fidel Castro en el conflicto angolano revela su excepcional capacidad como estratega militar y dirigente político. Fidel no solo coordinó el envío de tropas militares y civiles, sino que concibió la estrategia general que llevó a la victoria final. Fue el propio artífice, junto con José Eduardo dos Santos, de la concepción estratégica que garantizó el triunfo sobre las fuerzas del Apartheid en Cuito Cuanavale. Fidel demostró una profunda habilidad diplomática y alteró la geopolítica del continente africano, sin interferir en la distensión de las relaciones entre la Unión Soviética y Estados Unidos, manteniendo la autonomía decisoria de Cuba en uno de los momentos más emblemáticos de su historia.

En 2026, al celebrar el centenario de Fidel Castro, su figura emerge como fuerza motriz para enfrentarnos a los desafíos de la actualidad. En un mundo marcado por la violencia de la guerra imperialista, el ejemplo de Fidel señala nuestro horizonte civilizatorio y el camino para la emancipación humana. El centenario de su nacimiento no es solo una ocasión para recordar su vida y sus extraordinarios logros, sino para reivindicar la vigencia de su pensamiento y su praxis revolucionaria.

El ejemplo de Cuba en África permanece como un testimonio de la fuerza de la solidaridad y de la total convicción de que es posible cambiar el mundo. La herencia de la batalla de Cuito Cuanavale continúa latiendo en las venas de los pueblos cubano y angolano como el Stalingrado negro que, en medio de la Guerra Fría, infligió una derrota histórica a la mayor potencia militar del continente africano, alterando definitivamente la geopolítica de África Austral. Que el centenario de Fidel Castro sea, entonces, un momento de reconstituir la mística revolucionaria y reafirmar el marco de referencia de nuestro horizonte socialista para concluir la tarea inacabada de la liberación de los pueblos.

Referencias

Castro, Fidel (1989). *Sabremos cumplir el papel que nos asigne la historia*. La Habana: Editora Política.

Gleijeses, Piero (23 de marzo de 2013). “Cuito Cuanavale: la batalla que terminó con el Apartheid”. Granma. <https://www.granma.cu/granmad/2013/03/23/nacional/artic05.html>

MINREX (Ministerio de Relaciones Exteriores de Cuba). 2019-2020.

Santos, Judite (2020). *O Internacionalismo Proletário e a Revolução Cubana*. Dissertação (Mestrado). Programa de Pós-graduação Integração da América Latina, Universidade de São Paulo, São Paulo.

_____; Kolling, Jorge Edgar (orgs.) (2017). *Fidel e a Revolução*. São Paulo: Expressão Popular.

Sánchez, Iroel (23 de marzo de 2021). “El Waterloo del apartheid”. Granma. <https://www.granma.cu/mundo/2021-03-23/el-waterloo-del-apartheid-23-03-2021-01-03-36>

Fidel Castro y la dependencia económica de América Latina

Maicon Cláudio da Silva³

Que la Revolución cubana de 1959, particularmente después de la proclamación de su carácter socialista en 1961, constituyó un hito para la política y el pensamiento crítico en América Latina y en el mundo es una verdad indiscutible. De hecho, dos de los principales fundadores de la teoría marxista de la dependencia lo señalan de manera explícita. Según Theotônio dos Santos (1982, p. 355), durante la década de 1960, “la actividad intelectual latinoamericana estuvo profundamente influida por la revolución cubana y la crítica a las concepciones nacionalistas que atribuían una tarea revolucionaria a la burguesía nacional”. En la misma línea, Vânia Bambirra (1983, p. 19) sostuvo que “la revolución cubana demuestra en la práctica lo que teóricamente era obvio: el socialismo es viable y necesario en América Latina” y, como también afirma Theotônio dos Santos (1982, p. 30), la Revolución cubana “creó un nuevo marco político e ideológico. Se hizo muy evidente que las relaciones de dependencia no se podían superar dentro de los marcos del capitalismo”.

Sin embargo, quizá lo que resulta menos evidente es hasta qué punto la Revolución cubana incorporó perspectivas teóricas y políticas que fueron desarrolladas, desde el punto de vista científico, por la propia teoría marxista de la dependencia. En cuestiones como la relación entre el subdesarrollo de los países dependientes y el desarrollo de los países centrales, el problema del intercambio desigual y sus efectos sobre las economías dependientes, la doble moral de las potencias centrales frente al proteccionismo y el libre cambio, los mecanismos de transferencia de valor a través de la deuda externa, entre otros aspectos, es posible identificar con claridad los fundamentos analíticos de la teoría marxista de la dependencia.

En este texto nos proponemos señalar estos elementos, particularmente en el pensamiento de Fidel Castro, máximo dirigente de la Revolución cubana. Volver sobre su legado implica también un ejercicio de recuperación histórica. Como escribió José de Jesús Martínez (1987, p. 217), “recordar significa, literalmente, ‘volver a pasar por el corazón’”. Si para muchos

³ Profesor del Departamento de Ciencias Económicas y Exactas de la Universidad Federal Rural de Río de Janeiro (UFRRJ), Campus Três Rios (RJ), Brasil. Doctor en Economía por la Universidad Federal Fluminense (UFF), Magíster en Trabajo Social y Licenciado en Ciencias Económicas por la Universidad Federal de Santa Catarina (UFSC). Editor técnico de la Revista Brasileira de Estudos Latino-Americanos (REBELA). Miembro del Grupo de Trabajo de CLACSO “Imperialismo, neocolonialismo y políticas de intervención”.

intelectuales y militantes de las generaciones mayores, la memoria permite recordar la importancia de figuras emblemáticas del siglo XX que marcaron la reflexión crítica y la praxis revolucionaria en América Latina y el Caribe, para las generaciones más jóvenes –nacidas sobre todo a partir de la década de 1990, cuando el capitalismo proclamaba el “fin de la historia”– el acercamiento al pensamiento crítico y a la historia de las luchas latinoamericanas solo es posible mediante un esfuerzo deliberado.

Mientras que las generaciones anteriores pudieron aprender de la propia experiencia histórica, que latía intensamente desde el Río Bravo hasta la Patagonia, para quienes pertenecemos a las generaciones más jóvenes “volver a pasar por el corazón” exige un esfuerzo consciente, sustentado en la lectura y en la reflexión, especialmente en un contexto de profunda regresión política e intelectual. En este sentido, recuperar el pensamiento de Fidel, particularmente con motivo del centenario de su nacimiento, adquiere una relevancia especial en los tiempos actuales, sobre todo para las nuevas generaciones, a las que corresponderá continuar la lucha por la revolución latinoamericana y mundial.

La unidad dialéctica entre desarrollo y subdesarrollo

En una época en que las teorías dominantes concebían el subdesarrollo como una etapa previa al desarrollo y sostenían que era posible transitar una a otra dentro de los marcos del capitalismo, considerando además que el desarrollo de los países centrales no guardaba relación con el subdesarrollo de los países dependientes, Fidel Castro, al igual que los autores de la teoría marxista de la dependencia, comprendía con claridad que “la historia del subdesarrollo latinoamericano es la historia del desarrollo del sistema capitalista mundial” (Marini, 2012, p. 47).

De hecho, sobre la relación entre el desarrollo de Europa y el subdesarrollo de América Latina, Fidel Castro (1985, p. 5) afirmaba que:

Nosotros, los latinoamericanos, con la sangre y el sudor de los indios, con la sangre y el sudor de los negros esclavos, con la sangre y el sudor de los mestizos, financiamos el desarrollo capitalista de Europa. ¿De dónde salió el oro, de dónde salió la plata, de dónde salieron las finanzas que desarrollaron a Europa? De la sangre y del sudor de nuestros indios, de nuestros negros, de nuestros mestizos y de nuestros pueblos. Y ahora, durante dos siglos más, casi dos siglos más, los hemos seguido financiando.

Esta interpretación se distancia radicalmente de las concepciones etapistas del desarrollo. Para Fidel Castro, el subdesarrollo latinoamericano no constituye una fase transitoria que deba superarse mediante la modernización capitalista, sino que es el resultado histórico de la expansión del propio capitalismo a escala mundial. En este sentido, su lectura converge con uno de los postulados fundamentales de la teoría marxista de la dependencia: el desarrollo de las economías centrales y el subdesarrollo de las economías dependientes no son procesos independientes, sino momentos inseparables de una misma dinámica de acumulación. La

riqueza de los países centrales y la pobreza de América Latina, lejos de representar trayectorias históricas desvinculadas, expresan una relación estructural de explotación y transferencia de valor que ha acompañado la constitución y la reproducción del capitalismo mundial.

Resulta particularmente significativo que, en el pasaje citado, Fidel no limite esta relación al período colonial. Por el contrario, subraya que, incluso después de casi dos siglos de independencia política, América Latina continúa financiando el desarrollo de las potencias capitalistas. Con ello, pone de relieve que la ruptura del vínculo colonial no significó la superación de los mecanismos de subordinación económica, sino su transformación bajo nuevas formas históricas. Esta comprensión abre paso a una de las cuestiones centrales de su pensamiento económico: el intercambio desigual.

El problema del intercambio desigual

Sobre el intercambio desigual, Castro (1985, p. 8) afirmó que:

El intercambio desigual, el fatídico proceso en virtud del cual los productos básicos de la inmensa mayoría del Tercer Mundo reciben precios cada vez menores y los productos que importan de los países industrializados se les cobran cada vez más caros, tendencia histórica constante y progresiva, constituye una de las más diabólicas expresiones del sistema de relaciones económicas impuesto, y no puede calificarse de otra forma que de robo sistemático de los frutos del sudor y los recursos de nuestros pueblos. [...] con la misma cantidad de café, azúcar, té, cobre, hierro, bauxita, con que hoy compramos un equipo médico, un medicamento, un motor de riego, un buldócer, una grúa, un camión, un tractor, un simple instrumento de trabajo, hace 35 años comprábamos tres veces más. Cada día más trabajo, cada día más sacrificio, cada día más hambre para ser compartida entre más personas, cada día más miseria.

Por lo tanto, para Fidel Castro el intercambio desigual constituye un mecanismo histórico y estructural del capitalismo mundial, mediante el cual los países dependientes transfieren riqueza a los países industrializados. Este proceso se expresa en el aumento constante de los precios de las manufacturas importadas desde el centro y en la pérdida sistemática del poder adquisitivo de las exportaciones primarias de la periferia, provocada por el deterioro de los términos de intercambio. Como resultado, los países dependientes deben exportar cada vez mayores cantidades de bienes para adquirir el mismo volumen de productos industriales, lo que implica una continua transferencia de valor hacia las economías centrales.

Aunque en la teoría marxista de la dependencia encontramos una elaboración teórica mucho más desarrollada de la transferencia de valor, sustentada en la teoría del valor de Karl Marx y que trasciende la explicación basada exclusivamente en el deterioro de los términos de intercambio, al llevar el tema del intercambio desigual al terreno de la política Fidel Castro pone de relieve uno de los aspectos fundamentales de las relaciones entre el centro y la periferia. Su reflexión destaca que, aun en contextos en los que no existen formas explícitas de intervención imperialista sobre los países dependientes, continúan operando, en el marco

del mercado mundial, mecanismos estructurales de transferencia de riqueza desde la periferia hacia los países centrales.

No fue casual que Fidel Castro llevara la discusión sobre el intercambio desigual también al ámbito de las relaciones entre los países socialistas. Consciente de que el mercado mundial capitalista reproducía mecanismos sistemáticos de transferencia de valor en perjuicio de los países dependientes, defendió que las relaciones económicas en el seno del Consejo de Ayuda Mutua Económica (CAME) se rigieran por principios de solidaridad y cooperación, y no por los precios impuestos por el mercado mundial. De este modo, la crítica al intercambio desigual no se limitó a denunciar las asimetrías del capitalismo, sino que se tradujo en la búsqueda de formas concretas de construir relaciones económicas internacionales fundadas en criterios distintos de los de la acumulación capitalista.

Proteccionismo para unos, libre cambio para otros

La crítica de Fidel Castro a la doble moral de los países desarrollados frente al libre cambio no se limitó al plano teórico, sino que estuvo respaldada por numerosos ejemplos concretos de la política económica de las principales potencias capitalistas. Frente al discurso que presentaba el mercado como un espacio regido por la libre competencia y la no intervención estatal, Fidel puso de manifiesto la contradicción entre esa retórica y las prácticas efectivamente adoptadas por los países desarrollados. En particular, denunció que las mismas potencias que exigían la apertura comercial de los países dependientes recurrieran sistemáticamente al proteccionismo y a los subsidios internos cuando se trataba de defender sus propios intereses económicos.

De hecho, en sus palabras: “Todos los días una nueva medida, fruto de una ola proteccionista, invade el mundo capitalista industrializado.” (Castro, 1985, p. 12). Es decir, cuando la ley del valor resulta favorable para los países centrales, permitiéndoles apropiarse de riqueza mediante el intercambio desigual, estos defienden el libre cambio. Sin embargo, cuando esa misma ley del valor favorece a los países dependientes –por ejemplo, cuando estos producen bienes primarios con una productividad superior a la de los países centrales–, dicha ley es eludida mediante la intervención estatal, que, a través de subsidios y políticas proteccionistas, sostiene la producción de los países centrales.

La deuda externa

Si hubo un tema al que Fidel Castro dedicó una atención constante fue el de la deuda externa. La crisis del endeudamiento, desencadenada tras el brusco aumento de las tasas de interés por parte de Estados Unidos a comienzos de los años ochenta, sometió a las economías dependientes a una nueva forma de subordinación financiera, comprometiendo su crecimiento, profundizando los programas de ajuste y ampliando los mecanismos de

transferencia de riqueza hacia los países centrales. Lejos de constituir un fenómeno coyuntural, la deuda externa pasó a desempeñar un papel estructural en la reproducción de la dependencia, una problemática que continúa siendo de plena actualidad en varios países latinoamericanos, como demuestra el caso argentino. En este contexto, Fidel no solo denunció las consecuencias económicas y sociales del endeudamiento, sino que también puso de relieve los mecanismos políticos y financieros que hicieron posible su expansión:

Ese período coincidió con una enorme acumulación de fondos procedentes, en gran parte, de los excedentes originados en varios países petroleros, los grandes exportadores de petróleo, que fueron depositados en los bancos de Estados Unidos y de Europa. Había tal abundancia de dinero, que los prestamistas, los bancos, corrían detrás de los deudores a ofrecerles préstamos. Se invirtieron los términos: por lo general son los deudores los que van a los bancos a solicitar que les presten, pero en América Latina, en muchos países, llegaban los banqueros a buscar a los deudores para prestarles dinero, con tasas de interés que eran más bajas de lo que son ahora; es decir, se prestó dinero a un interés más bajo y se cobra ahora a un interés mucho más alto. Podemos decir más: se prestó un dólar que tenía un valor y ahora se cobra un dólar sobrevaluado en casi 40 por ciento, según algunos expertos. (Castro, 1985, p. 14)

Fidel, un imprescindible

En este breve artículo hemos buscado destacar algunos de los temas en los que el pensamiento y la praxis política de Fidel Castro convergen de manera más clara con la teoría marxista de la dependencia en el análisis del capitalismo dependiente latinoamericano. Sin embargo, la riqueza y amplitud de su obra excede con creces los límites de este texto. Son muchos los aspectos que merecerían un examen más profundo y sistemático, imposible de desarrollar en el espacio disponible en este artículo.

Aun así, si este trabajo contribuye a despertar el interés por volver a las reflexiones de Fidel y por reconocer la vigencia de su pensamiento para comprender los desafíos de América Latina en el siglo XXI, habrá cumplido su propósito. Al fin y al cabo, recordar a Fidel no significa únicamente revisitar su legado intelectual, sino también mantener viva una tradición de pensamiento crítico y de compromiso con la transformación revolucionaria de nuestra América.

El poema de Bertolt Brecht, immortalizado por la hermosa voz de Silvio Rodríguez en la canción *Sueño con serpientes*, nos dice que:

Hay hombres que luchan un día

Y son buenos

Hay otros que luchan un año

Y son mejores

Hay quienes luchan muchos años

Y son muy buenos

Pero hay los que luchan toda la vida

Esos son los imprescindibles

Fidel fue uno de esos imprescindibles en la lucha contra el capitalismo dependiente y por la construcción del socialismo en el mundo. Recordarlo es, sobre todo, seguir luchando junto a él y a tantos otros imprescindibles en el camino hacia la revolución.

Referencias

Bambirra, Vânia (1983). *Teoría de la dependencia: una anticrítica*. Ciudad de México: Era.

Castro, Fidel. (1985). *La deuda externa. Selección de textos de Fidel Castro, feb-sept. 1985*. La Habana: Oficina de Publicaciones del Consejo de Estado.

Dos Santos, Theotônio. (1982). *Imperialismo y dependencia*. Ciudad de México: Era.

Jesús Martínez, José de (1987). *Mi General Torrijos*. La Habana: Casa de las Américas.

Marini, Ruy Mauro (2012). *Subdesenvolvimento e revolução*. Florianópolis: Insular.

Fidel Castro, arquitecto de la integración económica y política de América Latina y el Caribe

Lautaro Rivara⁴

Como todo gran líder revolucionario, Fidel Castro fue ante todo una personalidad profundamente historicista. Desde *La historia me absolverá* (2007), su conocido alegato contra la dictadura de Fulgencio Batista pronunciado en 1953 tras el infructuoso asalto a los cuarteles Moncada y Carlos Manuel de Céspedes, hasta sus grandes obras conversacionales como *Fidel y la religión* (2014), sostenida con el teólogo brasileño Frei Betto; *Un grano de maíz* (2011), con el revolucionario nicaragüense Tomas Borge; o *Fidel Castro, biografía a dos voces* (2006), con el periodista español Ignacio Ramonet), es posible rastrear la profunda densidad histórica del pensamiento que animó su praxis política.

Algunos ejemplos de su recurrente obsesión historicista son el conocimiento al dedillo de todas las vicisitudes de la histórica lucha anticolonial en Cuba, el Caribe y Nuestra América; su interés en torno a la vida y obra de grandes personalidades como José Martí y Simón Bolívar; su rechazo a la búsqueda de gloria y trascendencia personal y a todo tipo de monumentalización *post mortem* (expresado en la simple roca en la que descansan hoy sus restos mortales en el cementerio de Santa Ifigenia); o incluso gestos aparentemente anodinos como escoger el nombre de Carlota –la negra lucumí que sublevó a los esclavos del Ingenio Triunvirato, en 1843– para bautizar la masiva misión internacionalista cubana en Angola y África Austral.

Cuba, pivote del mundo y crisol de tradiciones

⁴ Co-coordinador del Grupo de Trabajo de CLACSO “Imperialismo, neocolonialismo y políticas de intervención”. Posdoctor en el Centro de Estudios Latinoamericanos de la Universidad Nacional Autónoma de México. Doctor en Historia y Licenciado en Sociología por la Universidad Nacional de La Plata. Investiga sobre geopolítica imperial y nuevas doctrinas de intervención; internacionalismo e integración en América Latina y el Caribe; marxismos latinoamericanos y caribeños; el Haití contemporáneo.

En la praxis de Fidel Castro –profundamente dialéctica–, patriotismo, nuestroamericanismo y tercermundismo aparecen como momentos de una totalidad indisoluble, tal y como lo supo expresar el 4 de febrero de 1962, instantes antes de pronunciar la histórica Segunda Declaración de La Habana: “¿Qué es la historia de Cuba sino la historia de América Latina? ¿Y qué es la historia de América Latina sino la historia de Asia, África y Oceanía? ¿Y qué es la historia de todos estos pueblos sino la historia de la explotación más despiadada y cruel del imperialismo en el mundo entero?” (2009, p. 62).

La cita no tiene nada de extraño, si nos remitimos a una genealogía que podemos rastrear hasta la figura del poeta, periodista y líder independentista cubano José Martí, quien a fines del siglo XIX supo escribir: “Un error en Cuba es un error en América, es un error en la humanidad moderna. Quien se levanta en Cuba se levanta por todos los tiempos” (1894).

Esto no es casual, si nos atendemos a la peculiar trayectoria histórica de la formación nacional cubana, en particular a la moratoria soberana que junto a Puerto Rico la convirtió en la última colonia española en independizarse en la región, rezagadas casi un siglo respecto a los territorios continentales. Y en hacerlo, para colmo de males, de forma absolutamente tutelada tras la intervención estadounidense en la guerra cubano-hispano-americana y la imposición de la tristemente célebre Enmienda Platt, una suerte de cerrojo constitucional que consagró a la isla como un protectorado del “norte revuelto y brutal”, como supo describir Martí a la emergente potencia colonial hemisférica.

La insularidad caribeña, de forma quizás contraintuitiva, fue un poderoso vector de universalización del pensamiento y la praxis política en y desde las Antillas. Sus más prominentes líderes políticos e intelectuales, obligados por la misma fatalidad geográfica, por la imposibilidad de desarrollar en territorios exigüos un proyecto autárquico –a esto se refirió explícitamente Fidel en la clausura de la conferencia de la Organización Latinoamericana de Solidaridad (2009, pp. 145-146)–, por la concurrencia de varios proyectos coloniales en el Gran Caribe –la “frontera imperial”, como lo definió Juan Bosch (2012)– y por su profunda dependencia de las vicisitudes de la geopolítica global, comprendieron como pocos la totalidad operante del sistema-mundo capitalista y colonial. Y empujaron, en ocasiones, algunos de los más audaces proyectos de liberación, cooperación, solidaridad e integración regional y mundial. Por eso, con ser descollante, la figura de Fidel Castro solo puede comprenderse en el cauce trazado por otras grandes figuras del anfictionismo latinoamericano (Rivara, 2025), el “antillanismo liberador” (Bedia Pulido, 2013), el marxismo de las islas, la tradición radical negra (Robinson, 2021), la teoría caribeña de la dependencia (Montañez Pico, 2020) y otras corrientes político-intelectuales emancipatorias.

Como en Martí, Bolívar, José Cecilio del Valle, Francisco de Miranda, José de San Martín, Juan José Castelli, Bernardo Monteagudo y otros pioneros de la integración regional, vemos en Fidel desfilar y complementarse diferentes fundamentos a la hora de justificar la necesidad de la unión latinoamericana y caribeña. Ya en otro texto (Rivara, 2025), y refiriéndonos en particular a la figura de Bolívar, identificamos ante todo tres fundamentos que creemos operativos para comprender las formulaciones e iniciativas del líder revolucionario cubano en

torno al unionismo y a la integración: el fundamento histórico-cultural (la unidad de origen, es decir el común tronco colonial, histórico y etno-racial de nuestras repúblicas, discutible desde ya), el fundamento geopolítico (la comunidad de destino, forjada a partir de la imposibilidad de garantizar proyectos autonomistas y liberacionistas a escala nacional-estatal) y el fundamento político-militar (el imperativo existencial de la defensa mutua frente a la amenaza de las potencias imperiales y sus recurrentes tentativas recolonizadoras o, en algunos casos, en relación a los territorios que aún no alcanzaron su “primera independencia”).

Uno de sus primeros abordajes más o menos sistemáticos sobre la unidad e integración regionales fue un discurso pronunciado el 5 de mayo de 1959 en Montevideo, pocos meses después del triunfo revolucionario, cuando Castro aún definía a la revolución como una “democracia humanista” (2009, p. 17). Allí sentó las bases de una concepción que sostendría toda su vida, cuando aseguró que la integración del continente solo será posible si se consuma en un sentido político y económico a la vez, teniendo esta segunda dimensión cierta prevalencia en un orden temporal y lógico: “Unámonos, primero, en pro de aspiraciones económicas; en pro de la gran ambición hacia la aspiración del desarrollo económico de América Latina, con economía propia; en pro del mercado común; después de las barreras aduanales, podremos ir suprimiendo las barreras legales que nos exigen visas y requisitos para movernos de un lugar a otro” (2009, pp. 21-22).

Aquí la idea de “comunidad de origen” resulta patente, así como la referencia al legado integracionista de los líderes independentistas y a la unidad colonial primigenia –“hispanoamericana”, en este caso–, previa a la fatal balcanización territorial del siglo XIX:

Es que hemos implantado barreras artificiales, es que hemos implantado fronteras artificiales y hemos creado diferencias donde no existen. [...] Es que siendo uno en todo hemos vivido alejados, hemos vivido separados, hemos vivido divididos, hemos vivido al margen de lo que pudo habernos hecho grandes. [...] Hemos vivido al margen de lo que fueron los sueños de nuestros libertadores, a los cuales hemos levantado estatuas [...] pero no hemos seguido en la esencia más pura de su pensamiento” (2009, pp. 24-25).

De la comunidad de origen y la homología cultural, se deduce, desde ya, una comunidad de destino, en relación a lo que pudo y a lo que todavía puede hacernos grandes: “La América nuestra tiene un destino propio. [...] La América nuestra, con sus características geográficas, con sus características espirituales, con sus características materiales, con la idiosincrasia de nuestros pueblos, con el carácter de nuestros pueblos, solo puede seguir un camino enteramente propio” (2009, p. 9).

Pero la integración no es solo una formulación espiritual o sentimental, sino que requiere de medidas y objetivos concretos y materiales: “Luego, la conclusión es que nos unamos para ser una nación grande y fuerte, para que no hagan falta pasaportes, para que no existen barreras [...], para que nuestros productos tengan amplio mercado, para que la América Latina de los próximos 40 años [...] sea un continente sembrado de fábricas, sea un continente sembrado de riquezas para los pueblos” (2009, p. 21).

La precisión de ciertos objetivos trazables y mensurables resulta de interés si atendemos al hecho de que el ciclo integracionista latinoamericano y caribeño de comienzos de este siglo –del que el propio Fidel fue un actor protagonista– adoleció en ocasiones de ciertas mistificaciones espiritualistas, de varios excesos retóricos y de no pocas excrecencias burocráticas.

“Tras la pleamar reaccionaria”: la integración posneoliberal

Con el cambio de etapa producido entre los años 70 y 80, marcado por el agotamiento de la estrategia insurreccional guerrillera, el fin progresivo de los regímenes militares de “seguridad nacional”, las primeras “transiciones democráticas”, el desplazamiento del eje de radicalidad de Sudamérica a Centroamérica y los primeros síntomas de desgaste de la Unión Soviética, el dirigente cubano se mostró cada vez más flexible a la hora de evaluar la coyuntura y de ponderar a diversos actores regionales: los cristianos de base y la teología de la liberación, los gobiernos militares nacionalistas y reformadores, e incluso algunos partidos socialdemócratas, considerados aliados potenciales en la etapa en desarrollo.

En su óptica, de lo que se trataba era de afrontar dicha coyuntura con “métodos diferentes”, según lo estableció en un discurso pronunciado el 26 de julio de 1971, después del triunfo electoral de Salvador Allende y la Unidad Popular en Chile (2009, p. 161). Para ver el tránsito entre etapas, basta cotejar esta alocución con su discurso de clausura en la OLAS, pronunciado apenas cuatro años antes, en donde había aseverado enfáticamente que la estrategia guerrillera era la “vía fundamental” –y en algún sentido, insoslayable– en la lucha por el poder político y la construcción del socialismo, sosteniendo una amarga polémica con algunos sectores reformistas y con varios partidos comunistas y socialdemócratas de la región y el mundo.

Esta actualización histórica y doctrinaria, por otro lado típica de un liderazgo ajeno a todo dogmatismo, terminó de afirmarse a mediados de la década del 70, como puede verse en el informe central presentado al Primer Congreso del Partido Comunista de Cuba en diciembre de 1975. Allí, Fidel afirmó sin vacilaciones: “No está ahora la América Latina en vísperas inmediatas de cambios globales que conduzcan, como en Cuba, a súbitas transformaciones socialistas [aunque] es claro que estas no son imposibles en algunos de los países latinoamericanos” (2009, p. 170). En el siguiente Congreso, cinco años después, se refirió a la emergencia de “nuevas complejidades” que se añadían entonces a la lucha política de América Latina –ante todo, las vicisitudes de la segunda Guerra Fría y los actores y procesos emergentes que mencionamos– y ratificó la ampliación hacia “alianzas progresistas”:

Añadimos entonces la necesidad y conveniencia de estrechar los lazos con otras organizaciones revolucionarias y populares de tendencia progresista que actuaban en los ámbitos continental y mundial. [...] En ese sentido, trabajaremos juntos con todos aquellos –no importa su carácter de clase, ideología política o religiosa– que estén dispuestos a hacer algo en favor de la paz y la

distensión. Nos uniremos, asimismo, con todos aquellos gobiernos patrióticos y con los movimientos antiimperialistas que se enfrentan de un modo o de otro al dominio de Washington (2009, p. 189).

Cabe destacar que, pese a las permanentes y necesarias actualizaciones tácticas y estratégicas, Fidel Castro coloca a la integración y unidad regionales en un registro no coyuntural: “[...] para nosotros la unidad de América Latina y el Caribe es uno de los objetivos permanentes, y [...] la estimamos el mejor instrumento para lograr los propósitos históricos de nuestra América y la consolidación democrática e independiente de cada uno de nuestros países” (2009, p. 191). Tal es así que la carta magna cubana de 1976 elevó a rango constitucional los principios integracionistas e internacionalistas, caso inédito en la región.

La dimensión económica del integracionismo propuesto por la Revolución cubana tomó mayor relevancia en la coyuntura derivada de la crisis de la deuda externa y la universalización, en todo el continente, de las políticas neoliberales a partir de los años 80 y 90. La propia proyección imperial hemisférica, tras el derrumbe de la URSS y el campo socialista y el triunfo arrasador del unipolarismo, volvió aún más sincrónicas las regresivas dinámicas regionales latinoamericanas y caribeñas, permitiendo alumbrar algo parecido a un programa económico mínimo y común. Este era por ese entonces el diagnóstico de Fidel:

[...] se unieron, en los últimos años, el intercambio desigual cada vez más abusivo, las medidas proteccionistas, el *dumping*, las fugas de capital hacia los centros de poder económico y las manipulaciones monetarias y financieras que están en el origen de la deuda y dieron lugar a la actual catástrofe económica y social que aflige a estos países” (2009, p. 206).

Ante este panorama desolador, el líder cubano decidió postular la “impagabilidad de la deuda”, así como proponer la reinversión de un 12 por ciento de los gastos militares en la amortización de la misma, pero sin desconsiderar que, en su opinión, anular la deuda no resolvería la crisis económica del Tercer Mundo (2009, p. 207). Para ello haría falta acabar con los fenómenos antes descritos, intrínsecos al intercambio desigual y a las dinámicas históricas de la dependencia y el neocolonialismo.

Fidel Castro, suerte de profeta en el desierto entre finales de los 80 y los primeros años 90, comenzó a encontrar mayores y mejores interlocutores con el correr de la década. En particular, la emergencia de los nuevos movimientos sociales –campesinos, indígenas, urbanos periféricos–, la proyección internacional de Lula da Silva y el Partido de los Trabajadores en Brasil y la construcción de novedosas instancias de articulación internacional fungieron como una importante caja de resonancia para sus reflexiones y propuestas. Así, en su discurso al IV Foro de San Pablo, el líder cubano se abocó a desarmar cada uno de los presuntos indicadores económicos promisorios propagandizados sin descanso por los tecnócratas del *mainstream* neoliberal.

En su opinión, “el neoliberalismo no es una teoría del desarrollo [sino] la doctrina del saqueo total de nuestros pueblos” (2009, p. 225), y en ese sentido habría que comprender su campaña sistemática de descrédito y demolición de los Estados (2009, p. 227). Bajo la misma idea de las “nuevas complejidades” y amparado en la razón estratégica de conformar

“alianzas amplias”, postuló una orientación estratégica unánime: “creo que hoy en la América Latina la batalla prioritaria es [...] derrotar al neoliberalismo, porque si no derrotamos al neoliberalismo desapareceremos como naciones, desapareceremos como Estados independientes, y vamos a ser más colonias de lo que nunca lo fueron los países del Tercer Mundo (2009, p. 229).

A lo que añadió, desde una mirada geopolítica y geoeconómica, y pensando sobre todo en la colisión de grandes magnitudes:

Han pasado casi 170 años de la independencia y todavía América Latina está dividida, está balcanizada. No es una cuestión sentimental, es una cuestión de supervivencia, estamos viviendo en un mundo de grandes gigantes económicos e industriales, de grandes comunidades económicas y políticas. ¿Qué perspectivas de independencia, de seguridad y de paz, qué perspectivas de desarrollo y de bienestar tendrían nuestros pueblos divididos? Claro que es una tarea difícilísima, basta analizar los esfuerzos aislados de integración para comprender que tenemos la necesidad de la integración económica, de la integración política y de vencer todos los obstáculos. No son las transnacionales las que nos van a integrar y las que nos van a unir (2009, p. 235).

Un elemento muy importante es que Castro consideraba entonces que la unidad y el integracionismo eran un imperativo amplio y transversal, que incumbía a todos los sectores progresistas, reformistas, soberanistas y de izquierda, y no solo a las vertientes socialistas o comunistas:

¿Qué menos podemos hacer nosotros y qué menos puede hacer la izquierda de América Latina que crear una conciencia en favor de la unidad? Esto debería estar inscrito en las banderas de la izquierda. Con socialismo y sin socialismo. Aquellos que piensen que el socialismo es una posibilidad y quieren luchar por el socialismo, pero aun aquellos que no conciben el socialismo, aun como países capitalistas, ningún porvenir tendríamos sin la unidad y sin la integración (2009, p. 236).

Todo lo antedicho permite comprender a la perfección la oposición pionera y tenaz que Castro y Cuba opusieron a la iniciativa de la llamada Área de Libre Comercio de las Américas (ALCA). Su discurso en la Plaza de la Revolución, el primero de mayo de 2001, da cuenta de ello:

Para Cuba es absolutamente claro que el llamado Acuerdo de Libre Comercio de las Américas, en las condiciones, plazo, estrategia, objetivos y procedimientos impuestos por Estados Unidos, conduce inexorablemente a la anexión de América Latina a Estados Unidos. Tal tipo de asociación entre una gigantesca potencia industrial, tecnológica y financiera con países que padecen un alto grado de pobreza, subdesarrollo y dependencia financiera respecto a instituciones que están bajo la égida de Estados Unidos [...] impone tales condiciones de desigualdad que solo implicará la absorción total de la economía de los demás países de América Latina y el Caribe por la economía de Estados Unidos (2009, p. 247).

Además de la anexión, el ALCA implicaría una reprimarización de las economías y una precarización creciente de la fuerza laboral regional; en suma, más neoliberalismo, menos industrias, más desempleo y mayores flagelos sociales (2009, pp. 247-248).

Coda

La importancia histórica de la Revolución cubana consiste en que se trata del proceso ininterrumpido de transformaciones sociales radicales más extenso de nuestros cinco siglos de resistencia anticolonial y nuestros dos siglos de vida republicana. En particular, el pensamiento y praxis de su longevo líder histórico han servido como el principal vector de trasvasamiento generacional de nociones y políticas unionistas e integracionistas, oficiando además en Nuestra América como una bisagra continental-insular y como un auténtico pivote internacional entre Nuestra América, el extinto campo socialista, el antiguo Tercer Mundo y el vigente y actuante Sur Global.

No se equivoca el señor Marco Rubio (Departamento de Estado, 2026), cuando más allá de las mentiras groseras y las afirmaciones infundadas, considera a la isla como una suerte de reserva política, intelectual y moral de todas las inclinaciones radicales de la región, ya sean de índole social, económica o geopolítica. Sin Cuba, y sin Fidel Castro, el siglo XXI latinoamericano y caribeño no hubiera existido tal y como lo conocimos. Todo lo que vino después, llámese Hugo Chávez, Revolución Bolivariana, “NO al ALCA”, ciclo progresista, políticas redistributivas, ALBA-TCP, UNASUR o CELAC, tendrá para siempre su huella indeleble.

Referencias

Bedia Pulido, José Antonio (2013). *Hostos y Martí: Antillanismo liberador*. La Habana: Ediciones Boloña, Centro de Estudios Martianos.

Betto, Frei y Castro, Fidel (2014). *Fidel y la religión*. Madrid: Ruth Casa Editorial.

Borge, Tomás y Castro, Fidel. (2011) *Un grano de maíz*. Caracas: Fundación Editorial El perro y la rana.

Bosch, Juan (2012). *De Cristóbal Colón a Fidel Castro: el Caribe, frontera imperial*. Santo Domingo: Ediciones Fundación Juan Bosch.

Castro, Fidel (2007). *La historia me absolverá*. Buenos Aires: Ediciones Luxemburg.

Castro, Fidel (2009). *Latinoamericanismo vs. Imperialismo*. Querétaro: Ocean Sur.

Departamento de Estado de los Estados Unidos (2026). *Cuba: The Capital of 21st Century Communism*. U.S. Department of State.

<https://www.state.gov/cuba-the-capital-of-21st-century-communism>

Martí, José [1894]. "El tercer año del Partido Revolucionario Cubano. El alma de la Revolución y el deber de Cuba en América." *Patria*, 17 de abril de 1894.

Montañez Pico, Daniel (2020). *Marxismo negro: Pensamiento descolonizador del Caribe anglófono*. Ciudad de México: Akal.

Ramonet, Ignacio y Castro, Fidel (2006). *Fidel Castro, biografía a dos voces*. Madrid: Debate.

Rivara, Lautaro (2025). "El anfitrionismo latinoamericano y caribeño: dos siglos de praxis multipolar autónoma". En José Guadalupe Gandarilla Salgado (coord.). *De Monroe a Trump. Del «expansionismo estadounidense temprano» al «imperialismo tardío»*. Buenos Aires: Ediciones Herramienta, Huella del Sur.

Robinson, Cedric J. (2021). *Marxismo negro: La formación de la tradición radical negra*. Madrid: Traficantes de Sueños.

El Caribe en el pensamiento de Fidel Castro: algunas estampas

Beatriz Adriana Canseco Gómez⁵

Fidel Castro nació el 13 de agosto de 1926 en Cuba, en el Caribe, en la “frontera imperial”. Un Caribe que, a decir de Juan Bosch, “está entre los lugares de la tierra que han sido destinados por su posición geográfica y su naturaleza privilegiada para ser frontera de dos o más imperios. Ese destino lo ha hecho objeto de la codicia de los poderes más grandes de Occidente y teatro de la violencia desatada entre ellos” (Bosch, 2005, p.11). Fidel Castro desde temprana edad lo entendió así, lo que permite entender su lucha implacable por la verdadera emancipación de nuestros pueblos. Sí, Fidel nació en Cuba, pero su legado antiimperialista, anticolonialista y anticapitalista va mucho más allá de su lugar de origen.

En una entrevista que otorgó para la revista *Bohemia*, en La Habana, en 1975, Juan Bosch señalaba: “Fidel Castro no ha caído del cielo [...]. América Latina ha dado tres genios políticos: Toussaint Louverture, Simón Bolívar y Fidel Castro [...]. Bolívar y Fidel surgen como genios políticos de sus pueblos. Nadie se forma en el vacío. Todos los hechos de un pueblo tienen una base en la cual se fundamentan” (Bosch, 2012, pp. 90-91). De esa magnitud es la figura de Castro. Por ello, al cumplirse el centenario de su natalicio hemos querido recuperar algunos de los posicionamientos que tuvo frente a acontecimientos sucedidos en la región caribeña.

La visión caribeña de Fidel Castro, como bien señala Alberto Prieto, estuvo siempre presente: fue presidente del Comité Pro Democracia Dominicana durante su etapa en la universidad y participó en la expedición de Cayo Confites; otorgó apoyo en Haití al Parti Entente Populaire; impulsó la cooperación en diversas áreas con los territorios caribeños que accedieron al

⁵ Adscrita al Centro de Estudios Latinoamericanos de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la Universidad Nacional Autónoma de México. Licenciada en Relaciones Internacionales con estudios de maestría en el Programa de Posgrado en Estudios Latinoamericanos, UNAM. Fue presidenta de la Asociación Mexicana de Estudios del Caribe de 2021 a 2023. Actualmente es co-coordinadora del Grupo de Trabajo de CLACSO “Crisis, respuestas y alternativas en el Gran Caribe” y miembro del Grupo de Trabajo “Imperialismo, neocolonialismo y políticas de intervención”. Sus líneas de investigación: procesos de integración y geopolítica en el Caribe, relaciones intra y extrarregionales del Caribe, pensamiento crítico caribeño.

proceso de descolonización, siendo los primeros Jamaica, Trinidad y Tobago, Guyana y Barbados; colaboró de manera cercana con el proyecto revolucionario triunfante en Granada; impulsó la integración de Cuba con el Caribe a través de la creación de la Asociación de Estados del Caribe y de las Cumbres Cuba-CARICOM a partir de 2002 (Prieto Rozos, 2025, pp. 50-55).

La importancia que tenía el Caribe para Fidel puede observarse también a través de los múltiples encuentros con líderes caribeños que fueron recibidos en Cuba, así como por los viajes que realizó hacia las islas (como referencia, incluimos un cuadro con los años y lugares a los que viajó a lo largo de cuatro décadas). Sin lugar a duda, cada uno de esos encuentros, junto con sus discursos y acuerdos, constituyen un material indispensable de análisis para seguir estudiando el pensamiento de Fidel con respecto a la región caribeña y podrán ser objeto de trabajos posteriores.

VISITAS DE FIDEL CASTRO A LOS PAÍSES CARIBEÑOS⁶

Año	País
1973	Guyana Trinidad y Tobago
1977	Jamaica
1994	Barbados
1995	Trinidad y Tobago
1997	Jamaica
1998	Jamaica Barbados Granada República Dominicana
1999	República Dominicana
2005	Jamaica Barbados

Fuente: Elaboración propia en base a información disponible en el sitio web Fidel Soldado de las Ideas, <http://www.fidelcastro.cu/es>.

⁶ En el recuento están incluidas las visitas oficiales, escalas técnicas y Cumbres de Jefes de Estado y de Gobierno a las que asistió.

Dos estampas sobre el intervencionismo estadounidense en el Caribe

República Dominicana, 1965

Un primer acercamiento de Fidel Castro al Caribe se presenta en sus años de universidad, cuando fue, como ya se ha señalado, presidente del Comité Pro Democracia Dominicana de la FEU y participó en la fallida expedición de Cayo Confites organizada desde La Habana, en 1947, para derrocar la dictadura de Rafael Leónidas Trujillo (1930-1961), una de las más férreas que se instauraron en el Caribe. En esa expedición participó también Juan Bosch, quien en algunos de sus textos rememoró la intervención de Fidel, de apenas 21 años, y cómo logró escapar de ser arrestado e ir a la cárcel al saltar en la bahía de Nipe.

Años más tarde, cuando triunfó la revolución Cubana, Juan Bosch escribió a Trujillo en ocasión del aniversario de independencia de su país, el 27 de febrero de 1961, para instarlo a abandonar el poder: “La atmósfera política del hemisferio sufrió un cambio brusco [...]. Fidel Castro [...] ha desempeñado un papel de primera magnitud en ese cambio de atmósfera continental, pues a él le correspondió la función de transformar a pueblos pacientes en pueblos peligrosos. Ya no somos tierras sin importancia, que puedan ser mantenidas fuera del interés mundial [...]” (Bosch, 2012, pp. 311-313).

Trujillo no hizo caso a Bosch y fue ejecutado tres meses después de recibir dicha carta. Al término de la dictadura, Bosch regresó a su país y ganó las elecciones para la presidencia. Sin embargo, solo pudo gobernar durante siete meses (del 27 de febrero al 25 de septiembre de 1963), pues fue depuesto por un golpe de Estado auspiciado por el gobierno estadounidense. Dos años más tarde, en abril de 1965, en una parte del ejército se gestó un movimiento que buscaba el regreso de Bosch a la presidencia y que desató una contienda civil que terminó con la intervención y ocupación militar por parte de Estados Unidos el 28 de abril de ese año, cuando desembarcaron cerca de 40 mil marines. Días más tarde, la invasión fue legitimada por la OEA, al formar una “Fuerza Interamericana de Paz” integrada por efectivos militares de varios países latinoamericanos.

Fue debido a estos acontecimientos en la República Dominicana que Fidel dedicó su discurso del 1º de mayo a cuestionar los argumentos de la intervención estadounidense. En primer lugar, las declaraciones del presidente norteamericano, Lyndon Johnson, quien había señalado que una de las motivaciones para enviar tropas a la isla era proteger la vida de sus conciudadanos.

Al respecto, Fidel destacó lo que hasta el día de hoy sería un cuestionamiento pertinente al accionar del imperialismo estadounidense:

En primer lugar, ningún ciudadano norteamericano había perdido la vida en la contienda civil dominicana, [...] pero, además, ¿qué derecho puede tener ningún país, como no sea el derecho de sus cañones, el derecho de sus barcos y aviones de guerra, el derecho de sus tropas

militares, a desembarcar en el territorio de otra nación con el pretexto de defender la vida y hacienda de sus connacionales? [...] ¿qué seguridad, qué garantía podrían existir para ningún pueblo pequeño; qué legalidad, qué orden y qué paz podrían subsistir en el mundo? (Castro, 1965).

Por otro lado, también desmontó la idea del presunto comunismo de Juan Bosch, y cuestionó cómo Estados Unidos utilizó el argumento de la democracia” para atacar gobiernos que fueron electos con las normas de la democracia representativa, esas mismas normas que dicen defender aún hoy:

El movimiento constitucionalista proclamaba el retorno de quien había sido elegido constitucionalmente presidente, el señor Juan Bosch. ¿Acaso Juan Bosch es, o ha sido alguna vez, comunista? ¡Nunca! El señor Juan Bosch no tiene que aclarar que él no es comunista, porque nadie ha tenido nunca a Juan Bosch por comunista. Claro que él hace esas aclaraciones a los imperialistas. ¡Bueno, allá él!, pero nosotros sabemos que Juan Bosch nunca ha sido, y posiblemente nunca será, comunista. Decimos esto, que posiblemente, porque quién sabe si después de todo lo que le han hecho algún día empieza a pensar de una manera distinta de la que piensa hoy (Castro, 1965).

En efecto, Fidel tenía razón en dos cosas. Primero, Juan Bosch no era comunista. Y segundo, la intervención en su país constituyó un punto de quiebre en su pensamiento. Él mismo, en diferentes escritos, señaló que no imaginaba que los Estados Unidos “pudieran mandar tropas para aplastar un pueblo que solo quería establecer una sociedad democrática representativa a la manera americana”, dijo reconocer que estaba equivocado y que “la lección más fuerte, más viva, me la dieron los soldados norteamericanos al desembarcar en mi país” (Bosch, 2012, p. 94).

Fidel también hizo un cuestionamiento a la reunión que justo ese día se realizaba en el marco de la OEA:

[...] para que no fuese una intervención unilateral de Estados Unidos, los gobiernos, los representantes de los gobiernos, acordasen internacionalizar la intervención y, en consecuencia, ya las tropas yankis no estarían allí como tropas del gobierno de Estados Unidos sino como tropas de la OEA. Es decir [...] corresponsabilizar a los demás gobiernos de América Latina con sus planes criminales, manchar con la sangre de ese crimen a los demás gobiernos de América Latina, santificar, legalizar su criminal acción (Castro, 1965).

Pero al final lograron su cometido y varios países de América Latina respaldaron la creación de una “Fuerza Interamericana de Paz”, entre ellos Brasil, Honduras, Paraguay y El Salvador. Aquí cabría destacar el papel de México, Ecuador, Chile, Uruguay y Perú, que votaron en contra.

A pesar de lo anterior, Fidel sentenció:

¡A nadie podrán confundir ni engañar con su calumnia, ni con sus mentiras! El señor Johnson ha dicho, con ese cinismo que lo caracteriza, que "elementos entrenados en el extranjero" trataban de controlar la situación. ¡Sí!, los elementos entrenados por el imperialismo en Fort Bragg, los elementos entrenados por el imperialismo en Panamá; los gorilas y los asesores yankis son los

que están tratando allí de controlar la situación, de aplastar la Revolución Dominicana; ellos son los únicos extranjeros que actúan allí, ellos son los únicos agentes extranjeros que actúan allí (Castro, 1965).

El líder cubano reivindicó así el derecho que tiene cualquier país de llevar adelante una revolución e instó a la defensa de la independencia y la soberanía de nuestros territorios. La estrategia frente a la intervención y la agresividad imperialista, apuntó, es “[...] impulsar la revolución en todas partes y en todos los frentes!” (Castro, 1965).

El discurso fue pronunciado en 1965, pero las ideas plasmadas allí por Fidel Castro resultan de una vigencia extraordinaria.

Granada, 1983

El 13 de marzo de 1979 el Movimiento de la Nueva Joya, encabezado por Maurice Bishop y Bernard Coard, derrocó al gobierno de Eric Gairy, primer ministro de Granada desde 1974, año en que la pequeña isla obtuvo su independencia del Reino Unido. Este acto marcó el inicio de una de las revoluciones sociales más importantes del continente (y la primera en triunfar ese año, meses antes de la de Nicaragua). Bishop y sus compañeros llegaron al poder en el marco de la Guerra Fría, con una agenda que fue considerada de inmediato como una amenaza para los Estados Unidos y sus aliados caribeños.

Para Cuba, sin embargo, fue un momento alentador. Cuatro países del Caribe anglófono (Jamaica, Trinidad y Tobago, Guyana y Barbados) habían ya establecido relaciones con ella, rompiendo el aislamiento que los estadounidenses promovían en la región. En ese contexto, Granada, haciendo ejercicio de su soberanía, también estableció relaciones diplomáticas con la mayor de las Antillas, y lo hizo apenas un mes después del triunfo de la llamada “Revolución silenciosa”. A partir de ese momento comenzó una relación de cooperación en infraestructura, agricultura, pesca, educación, salud y seguridad (interna y externa). Bishop incluso participó, junto con Daniel Ortega y Fidel Castro, en la concentración del 1º de mayo de 1980 en La Habana, en donde señaló: “en Granada jamás olvidaremos que fue la asistencia militar de Cuba durante las primeras semanas de nuestra revolución lo que nos ofreció la base para defender nuestra propia revolución” (Bishop y Castro, 2010, pp. 55-56).

Las relaciones con la URSS y la alianza con Cuba, y de manera particular la ayuda que ésta daba para construir un aeropuerto internacional en Point Salines, permitieron que Estados Unidos y varios países vecinos del Caribe crearan la narrativa de que Granada se estaba convirtiendo en un satélite soviético y de que el proyectado aeropuerto constituía una amenaza para la estabilidad y la seguridad de la región. Esto, pese a que según el investigador Pablo Maríñez, “esa construcción había sido planeada originalmente por Inglaterra, y revisada por organizaciones internacionales de la absoluta confianza del gobierno norteamericano, financiado después por varios países de la Comunidad Económica Europea, no obstante la presión de EEUU” (Maríñez, 1983).

El golpe final para este proyecto provino desde adentro, por una ruptura entre Bishop y Coard que desembocó en el asesinato del primero junto con varios de miembros de su gabinete.

Esto dio la excusa que los estadounidenses y sus aliados caribeños habían estado esperando para intervenir en la isla, lo que dio paso a la invasión de Granada el 25 de octubre de 1983. Esta fue la primera intervención de Estados Unidos en un territorio del Caribe anglófono. El anuncio por parte del gobierno de Estados Unidos lo hizo Ronald Reagan, acompañado de la primera ministra de Dominica, en representación de los países de la Organización de Estados del Caribe Oriental (OECS). Esta intervención marcó además un punto de inflexión en las relaciones binacionales, dado que en Grana se produjo un enfrentamiento directo entre el personal cubano y los militares estadounidenses.

En el discurso que Fidel Castro dio en el acto de despedida de los caídos en el combate contra las tropas de Estados Unidos, el 14 de noviembre de 1983, señaló que “la cifra exacta de los ciudadanos cubanos que se encontraban en Granada el día de la invasión [fue de] 784, incluido el personal diplomático con sus familiares e hijos” (Castro, 1983, p. 50), desmintiendo la versión de que se trataría de entre 1000 y 1500 personas, algunas de las cuales todavía se encontrarían, según estos mismos trascendidos, luchando en las montañas.

Allí, Fidel afirmó que durante la invasión y en los días posteriores se dijeron 19 mentiras, entre ellas las que afirmaban nuevamente que el objetivo principal del desembarco fue proteger la vida de los ciudadanos estadounidenses. Este argumento, sin sustento entonces, sigue siendo utilizado el día de hoy para legitimar el accionar intervencionista de los Estados Unidos.

Además, Fidel cuestionó la forma en que las autoridades estadounidenses engañaron a su población, al presentar la intervención como una victoria:

Ni desde el punto de vista político ni militar ni moral, Estados Unidos obtuvo victoria alguna. En todo caso, una victoria militar pírrica y una profunda derrota moral [...] El gobierno imperialista [...] quiso matar el símbolo que significaba la Revolución granadina, pero el símbolo estaba ya muerto. Lo habían destruido los propios revolucionarios granadinos con su división y sus errores colosales (Castro, 1983, p. 55).

A lo que añadió: “¡Qué caro han costado a nuestros pueblos en sangre, sacrificios, miseria y luto el dominio imperialista y los sistemas sociales injustos que ha impuesto a nuestras naciones! El imperialismo se empeña en destruir símbolos, porque conoce el valor de los símbolos, del ejemplo, de las ideas”.

Esta reflexión de Castro en relación a Granada puede resultar extensiva a otras formas de intervención, como el actual recrudecimiento de las sanciones al gobierno revolucionario en Cuba o la asfixia a la que cada día someten a su pueblo. De lo que se trata es precisamente de destruir un símbolo, un ejemplo de lucha y resistencia en la defensa de la soberanía, un ejemplo de que sí es posible construir alternativas. Castro, al finalizar su discurso sobre Granada, reivindicó a los 24 cubanos que murieron en esa isla, plasmando los principios de su internacionalismo:

[...] ellos no son cadáveres: ¡son símbolos! Ellos no murieron siquiera en la propia tierra que los vio nacer. Allá, lejos de Cuba, donde aportaban el noble sudor de su trabajo internacionalista para un país más pobre y más pequeño que el nuestro, fueron capaces de dar también su sangre

y sus vidas. Pero en aquella trinchera ellos sabían que estaban defendiendo también a su pueblo y a su patria. No es posible expresar en forma más pura la generosidad y capacidad de sacrificio del ser humano (Castro, 1983, p. 60).

El Caribe es una de esas regiones en donde podemos ver expresada con mayor claridad la visión internacionalista de Fidel Castro. Además de las posiciones ya expresadas en los casos de República Dominicana y Granada, al término de la Guerra Fría y con las transformaciones geopolíticas que este cambio de etapa implicó para la región caribeña, Fidel se encargó de postular la cooperación y la integración regional como una prioridad para solventar las vulnerabilidades de los países insulares. Por eso impulsó la creación de la Asociación de Estados del Caribe, convirtiéndose en el primer organismo de ese tipo en donde Cuba participaba como miembro de pleno derecho. También hizo parte de las reuniones de Cariforo y creó la Cumbre Cuba-CARICOM, que se ha reunido cada tres años desde su creación en 2002. Además, estableció programas de cooperación médica que beneficiaron de manera directa a las poblaciones caribeñas.

La integración en el Caribe es sin dudas una de las vetas del pensamiento de Fidel Castro sobre la que será necesario regresar de manera continua en trabajos posteriores.

Referencias

Bishop, Maurice y Fidel Castro (2010). *La revolución granadina 1979-83: discursos de Maurice Bishop y Fidel Castro*. Estados Unidos: Pathfinder (cuarta impresión).

Bosch, Juan (2005). *De Cristóbal Colón a Fidel Castro. El Caribe, frontera imperial*. Santo Domingo: Ed. Alfa & Omega.

Bosch, Juan (2012). *Obras Completas*, Tomo XIX y XXX. Santo Domingo: Comisión Permanente de Efemérides Patrias.

Castro, Fidel (1965). Discurso pronunciado en el Día Internacional del Trabajo. La Habana, 1º de mayo. <http://www.cuba.cu/gobierno/discursos/1965/esp/f010565e.html>

Castro, Fidel (1983). *La invasión a Granada*. México: Editorial Katún.

Maríñez, Pablo A. (1983), "Granada: nueva amenaza en el Caribe", en *El Caribe Contemporáneo*, núm. 7, octubre. México: CELA, FCPyS, UNAM.

Prieto Rozos, Alberto (2025). "Fidel y el Caribe", en *Boletín Caribes*, CLACSO, Grupo de Trabajo "Crisis, respuestas y alternativas en el Gran Caribe", núm. 13, julio-diciembre.

Ramonet, Ignacio (2006). *Fidel Castro: biografía a dos voces*. México: Debate.

Reseña a *Fidel y la causa palestina y árabe* de Raúl Rodríguez Ramos

Alberto Sánchez⁷

En 2025, Casa de las Américas (Cuba) y la Fundación Editorial El perro y la rana (Venezuela) publicaron el libro *Fidel y la causa palestina y árabe*, escrito por el diplomático cubano Raúl Rodríguez Ramos. A lo largo de su carrera diplomática, Rodríguez Ramos fungió como embajador de Cuba en Libia, Liberia, Cabo Verde, Kenia, Madagascar y Kiribati, además de trabajar como secretario en las embajadas de Cuba en el Líbano e Irak.

En este texto, el exdiplomático cubano nos ofrece una obra que combina el testimonio personal, la recuperación de discursos y misivas de Fidel Castro, la reconstrucción de eventos históricos y el análisis político, al intentar exponer la relación entre la Revolución cubana de 1959 –encabezada hasta 2016 por Fidel Castro Ruz– y la causa palestina, especialmente desde la segunda mitad del siglo XX.

El libro forma parte de los esfuerzos de Casa de las Américas ante el centenario del nacimiento de Castro (13 de agosto de 1926) y tiene como objetivo fundamentar que la Revolución cubana no apoyó al pueblo palestino de forma meramente coyuntural, sino que el respaldo fue en todo momento un componente estructurador de la política exterior revolucionaria, originado en sus principios internacionalistas.

⁷ Doctorante en Ciencias Políticas por la Universidad Nacional Autónoma de México. Columnista del Sistema Público de Radiodifusión del Estado Mexicano. Becario del Programa KATIP de Turquía. Investiga sobre imperialismo; historia política; militarización; endeudamiento; teoría de la dependencia. Miembro del Grupo de Trabajo de CLACSO “Imperialismo, neocolonialismo y políticas de intervención”.

A 100 años del nacimiento de Castro, este texto nos muestra el apoyo que el líder revolucionario ofreció a la causa más noble de nuestros tiempos: la lucha del pueblo palestino. Como señala la nota editorial (p. 8), el libro se publica en un momento caracterizado por “la agudización del genocidio cometido por el sionismo israelí contra el pueblo palestino y contra aquellos pueblos que resisten en el mundo árabe”, convirtiéndolo en un documento fundamental para nuestros tiempos.

El texto *Fidel y la causa palestina y árabe* está estructurado en diferentes capítulos que exponen las intervenciones del histórico dirigente en diversos foros, así como en cartas y mensajes, junto a la historia de la resistencia palestina y el apoyo de Cuba, lo que incluye las experiencias de Rodríguez Ramos en el Líbano a inicios de la década de 1980.

La primera parte nos ofrece una síntesis de la postura de Castro respecto a Palestina por medio de una recopilación de aquellos discursos que fueron pronunciados por el líder revolucionario cubano entre los últimos años de los setenta y la primera mitad de los ochenta. Estos documentos nos muestran cómo en diversas ocasiones Castro condenó la ocupación de Israel sobre los territorios colonizados. También su respaldo al derecho de autodeterminación del pueblo palestino y la identificación de la Revolución con la causa palestina como parte de una lucha más amplia de los pueblos del mundo contra el imperialismo. Por ejemplo, en la VI Conferencia del Movimiento de los Países No Alineados de 1979, señaló que “ningún despojo más brutal de los derechos a la paz y existencia de un pueblo se ha cometido en este siglo” (Castro: 1979). Más tarde, en el XXXIV período de sesiones de la Asamblea General de la Organización de las Naciones Unidas (ONU) de ese mismo año, Fidel señaló que:

La base de la paz justa en la región comienza por la retirada total e incondicional de Israel de todos los territorios árabes ocupados y supone para el pueblo palestino la devolución de todos sus territorios ocupados y la recuperación de sus derechos nacionales inalienables, incluido el derecho de retorno a su patria, a la libre determinación y al establecimiento de un Estado Independiente en Palestina, de conformidad con la Resolución 3236 de la Asamblea General. Ello implica la ilegalidad y nulidad de las medidas adoptadas por Israel en los territorios palestinos y árabes ocupados, así como del establecimiento de colonias o asentamientos en tierras palestinas y en los demás territorios árabes, cuyo desmantelamiento inmediato es un requisito para la solución del problema (Castro: 1979a).

Los documentos nos muestran además cómo el gobierno revolucionario cubano ha tenido una postura clara a lo largo de su historia respecto a sus relaciones exteriores con Israel y Palestina. Por ejemplo, Cuba decidió romper relaciones diplomáticas con Israel en 1973, facilitó la apertura de una representación oficial de la Organización para la Liberación de Palestina (OLP) en La Habana en 1974 y reconoció de forma pionera al Estado de Palestina en 1988. Cuba y Nicaragua fueron los primeros países de América Latina y el Caribe en hacerlo.

A lo largo de los siguientes capítulos Rodríguez Ramos desarrolla el contexto histórico de la situación política de Palestina y Líbano. A lo largo de su exposición, es posible notar el rol

imperialista que tuvieron los llamados “mandatos” británicos y franceses en este área de Asia Occidental en la constitución de los Estados árabes después de la Primera Guerra Mundial.

En el caso del Líbano, resalta la creación de un régimen político confesional por parte de los franceses, que repartió el poder político entre los cristianos maronitas, los musulmanes suníes y los musulmanes chiitas. Asimismo, se destacan las causas que antecedieron a la Guerra Civil Libanesa (1975-1990). Respecto a Palestina, Rodríguez Ramos expone la situación durante el “mandato británico”, las discusiones al interior del Comité Especial de las Naciones Unidas para Palestina, el Plan de Partición de 1947 (Resolución 181 de la Asamblea General) y el proceso de ocupación sistemático que ha llevado a cabo Israel sobre los territorios de Palestina y de algunos otros estados árabes en la región.

Sin embargo, el núcleo fundamental del libro se encuentra en la narración que Rodríguez Ramos realiza sobre la guerra del Líbano. En esta parte es posible apreciar la labor internacionalista de la Revolución cubana en Asia Occidental. El diplomático cubano expone con detalle la llegada de la misión diplomática de Cuba a Beirut a inicios de la década de 1980, los constantes bombardeos israelíes, los diferentes procesos de evacuación del personal, la labor de permanencia de la Embajada y de la misión –incluso durante el sitio de Beirut– y el ambiente general que se vivió en el país durante este período. Estos capítulos tienen un alto valor documental y testimonial, ya que no solo exponen los hechos militares, sino que desarrollan un registro sobre la vida diaria en la capital libanesa, así como evidencian el gran trabajo diplomático de la Revolución cubana en Beirut.

Durante la narración, resaltan particularmente dos momentos. En primer lugar, Rodríguez Ramos relata los eventos del 15 y el 18 de septiembre de 1982 en los campos de refugiados de Sabra y Shatila (Beirut Oeste), a los que describe como acciones genocidas. Aunque el diplomático cubano señala que las masacres fueron perpetradas físicamente por miembros de la falange cristiana maronita –grupo de la extrema derecha libanesa–, la responsabilidad intelectual corresponde a las “Fuerzas de Defensa de Israel”, al gobierno de ocupación y, especialmente, al entonces ministro de Defensa y posterior primer ministro, Ariel Sharon.

Rodríguez Ramos denuncia la participación directa de las instituciones israelíes en la planeación y la gestión de la masacre sobre los refugiados ubicados en Sabra y Shatila. Además, señala que estas masacres se realizaron “a la sombra y con la presencia de la Sexta Flota de Estados Unidos anclada en la rada de Beirut y la llamada fuerza internacional de paz [...] en suelo de Beirut Oeste” (p. 71).

Este testimonio nos permite visualizar la responsabilidad, tanto de forma activa como por omisión, de las potencias imperialistas en una acción genocida que violó el derecho internacional humanitario. A su vez, es posible comprobar la participación directa de Israel como promotor de la violencia de la extrema derecha fuera de su territorio. Es trágico que, aun cuando la Comisión Kahan determinó que Ariel Sharon fue responsable de las acciones de los falangistas contra los refugiados palestinos, este se convirtiera en 2001 en el onceavo

primer ministro de Israel, con la victoria del Likud –partido que actualmente lidera Benjamín Netanyahu– en las elecciones parlamentarias.

En contraparte, destaca en la narración la labor internacionalista de Cuba. A cien años del nacimiento de Fidel Castro, es fundamental señalar que el proyecto que impulsó tuvo siempre un carácter fuertemente internacionalista. A lo largo de todo el texto es posible ver cómo el líder cubano nunca abandonó la defensa de la causa palestina y mostró un apoyo solidario irrenunciable en todos los foros políticos en los que estuvo presente.

Castro destaca así como el artífice de una diplomacia revolucionaria que tiene en su centro el antiimperialismo. Como líder, sus valores quedaron impresos en la coherencia de la política cubana respecto a Palestina. Resalta, además, que Cuba concedió miles de becas a estudiantes palestinos y libaneses, e incluso fundó una escuela para refugiados provenientes de estos países.

A pesar de las limitaciones económicas, el cuerpo diplomático cubano estuvo muy activo en Asia Occidental. Resalta por ejemplo el trabajo del ministro de Relaciones Exteriores Isidoro Malmierca, que por instrucciones de Castro desafió el cerco israelí para entrar a Beirut y presenciar la situación política de primera mano. El libro en su conjunto resalta la labor de Cuba y de Fidel Castro en la ayuda política, diplomática, educativa, de salud y militar.

En suma, *Fidel y la causa palestina y árabe* constituye una importante contribución académica y diplomática para comprender la dimensión internacionalista de la Revolución cubana de 1959 y la relevancia que la causa palestina y árabe ocupó en su política exterior. A través de la articulación de diferentes fuentes, incluidos discursos y testimonios, el diplomático Raúl Rodríguez Ramos demuestra el respaldo de Cuba a Palestina, como parte de una concepción antiimperialista y de una práctica diplomática sostenida, que puso en el centro la defensa de la autodeterminación de los pueblos.

En opinión de Rodríguez Ramos, Cuba hizo más por Palestina que la Unión Soviética y las antiguas naciones del bloque socialista. En el contexto del centenario del nacimiento de Fidel Castro, la publicación de este libro adquiere un significado especial, dado que recupera una de las facetas menos estudiadas y documentadas del legado del dirigente cubano: la construcción de una política exterior que pone en el centro la solidaridad activa con los movimientos de liberación nacional y el apoyo a los pueblos sometidos que luchan en contra del colonialismo y la ocupación.

Este libro goza de amplia vigencia debido a la profundización de la violencia ejercida contra el pueblo palestino por las fuerzas de la ocupación israelí, comandadas por un gobierno de extrema derecha apoyado por Estados Unidos. La actual destrucción de la infraestructura civil, del patrimonio cultural, de las instituciones educativas y de los espacios sanitarios hace que en la actualidad la reproducción de la vida en la Franja de Gaza sea casi imposible.

La eliminación sistemática de la población palestina constituye sin lugar a duda el mayor genocidio de nuestros días. Desde esta perspectiva, la obra de Rodríguez Ramos trasciende

el ámbito de la memoria diplomática para convertirse en una herramienta de interpretación del presente, porque ayuda a evidenciar la continuidad histórica de la ocupación, del colonialismo y de la economía de asentamiento, y ayuda a mostrar la antigüedad de la impunidad nacional e internacional. Del mismo modo, contribuye a reivindicar la pertinencia del internacionalismo, la autodeterminación de los pueblos y la solidaridad como parte de los principios fundamentales para la construcción de un futuro socialista. El legado de Fidel vive en estos principios.

Referencias

Castro, Fidel (1979a). “Discurso pronunciado por el Comandante en Jefe Fidel Castro Ruz en la sesión inaugural de la VI Conferencia Cumbre del Movimiento de Países No Alineados, el 3 de septiembre de 1979”.

<http://www.fidelcastro.cu/es/discursos/discurso-en-la-sesion-inaugural-de-la-vi-conferencia-cumbre-del-movimiento-de-paises-no>

Castro, Fidel (1979b). “Discurso pronunciado por el Comandante en Jefe Fidel Castro Ruz presidente de los Consejos de Estado y de Ministros y presidente del Movimiento de países no alineados, ante el XXXIV período de sesiones de la Asamblea General de las Naciones Unidas, efectuado en Nueva York, el 12 de octubre de 1979”.

<http://www.fidelcastro.cu/es/discursos/discurso-pronunciado-en-el-xxxiv-periodo-de-sesiones-de-la-asamblea-general-de-las>

Rodríguez Ramos, Raúl (2025). *Fidel y la causa palestina y árabe*. Fundación Editorial El perro y la rana, Casa de las Américas.